# VARIACIONES SOBRE BUCHHOLZ



ARMANDO PÁEZ


Variaciones sobre Buchholz

Primera edición, 2022



Autopublicación, Puebla, México

escritospaez.blogspot.com

Imagen portada: Quint Buchholz, *Buecherleuchtturm* (fragmento), 1992

## Palabras previas

Los relatos que aquí presento están inspirados en dibujos del artista alemán Quint Buchholz, publicados en *BuchBilderBuch: Geschichten zu Bildern* (Sanssouci, Zürich, 1997) (en español: *El libro de los libros: Historias sobre imágenes*, Lumen, Barcelona, 1998). El editor Michael Krüger envió un dibujo de Buchholz a 46 autores famosos de países diferentes con la petición de que escribieran el texto oculto en él. Estas *variaciones*, redactadas en marzo de 2000, son mi versión.

Algunos relatos o parte de ellos los incluí en *Escritos breves (desde el borde)*.

La obra de Buchholz se puede apreciar en quintbuchholz.de, de donde tomé la mayoría de las imágenes, las otras las escaneé del libro.

# 1



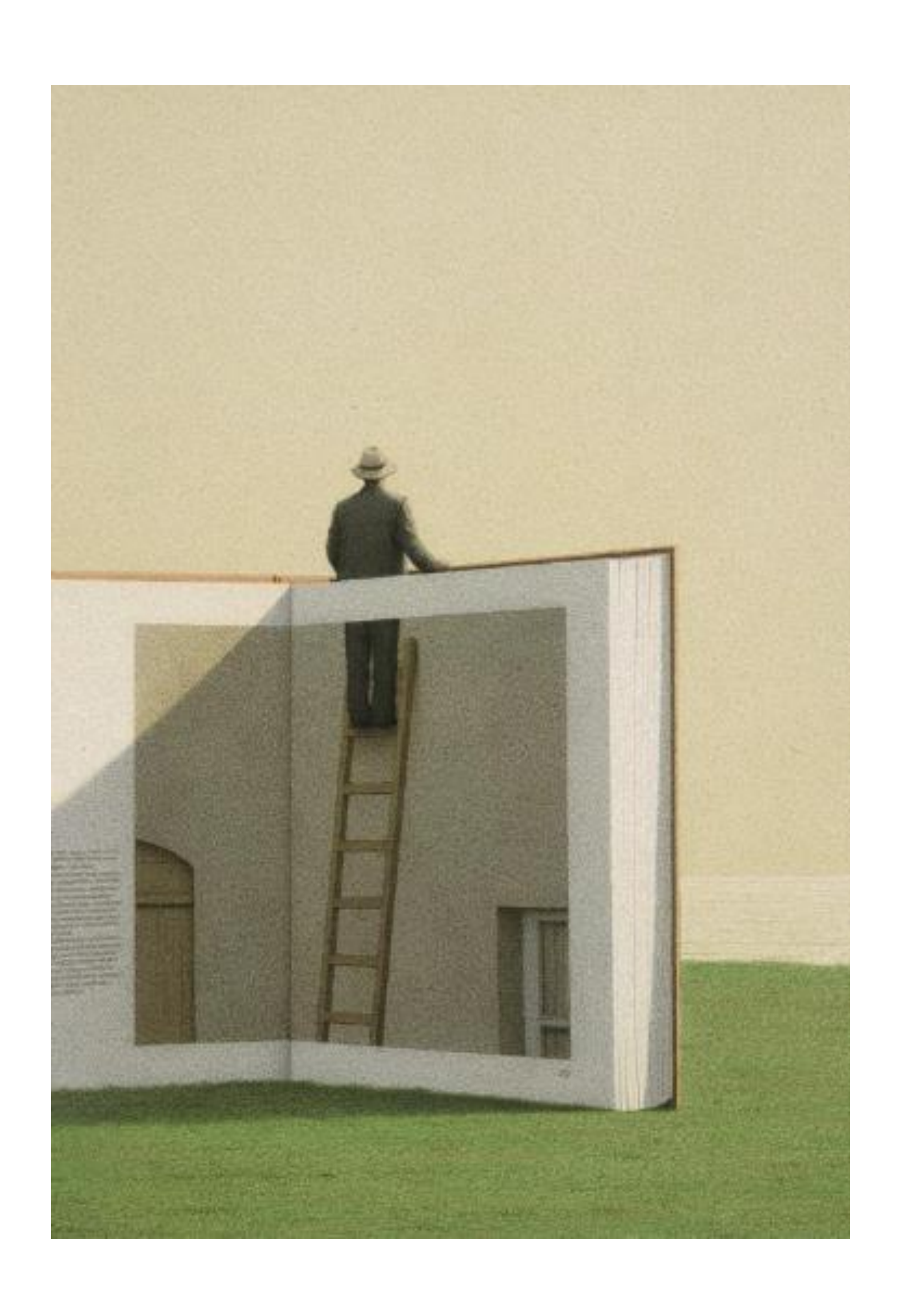
Se dio cuenta que disfrutaba más de la lectura, que lograba entrar en el texto, si leía al aire libre, si caminaba mientras leía. Era necesario, por lo tanto, leer libros que pudiera llevar sin fatigarse, que le permitieran detenerse para respirar profundamente, descansar su vista en el paisaje, hacer pequeñas o grandes pausas para ir asimilando lo leído, avanzar, aunque fuera un poco, cada día. Caminar con textos pesados era complicado, agotador, hasta peligroso, indiscutiblemente malo para su salud. Requería libros ligeros, transportables, no por eso insustanciales.

El método que utilizaba para saber si un libro poseía las características deseadas era sencillo: lo tomaba y lo aventaba hacia arriba. Si caía, después de revisar que no estuviera dañado, volvía a colocarlo donde estaba (ese libro no, por el momento). Si flotaba, sólo había que seguirlo.

Solía leer en las llanuras. Pocos propietarios quitaron los alambres, pero nada lo detuvo: los libros que generan movimiento no conocen de fronteras o territorios exclusivos. Con su paraguas cambiaba las páginas si el sol o la lluvia no decidían otra cosa. Era fácil encontrarlo, sobre todo cuando se retiraba la neblina.

Quizá algún día regrese, por eso conservo su sombrero.

# 2



Sin duda era inquieto, siempre hacía preguntas. Desde los primeros capítulos comentó que deseaba averiguar qué tanto se parecía el mundo de afuera al mundo de su nuestro libro, si había alguna relación entre ellos. Una tarde de otoño aprovechó que el lector interrumpió repentinamente la lectura dejando el libro abierto (lector impulsivo, por cierto) para abandonar el párrafo, tomar la escalera guardada en la página 132, apoyarla en el muro más alto de la historia y subir para ver más allá. Al fin pudo explorar el mundo, el otro mundo. Pero observar a la distancia no fue suficiente, necesitaba interactuar. Salió del libro. Tocó el pasto, se quitó los zapatos y los calcetines, caminó, escuchamos su risa, llegó a la orilla del lago, tocó el agua, se quitó el saco y el sombrero, se mojó el rostro, bebió, dio media vuelta, nos invitó a seguirlo. Pasmado observó cómo el lector regresó, guardó sus cosas, tomó el libro y lo cerró. No sabemos qué hacer con las páginas en blanco.

# 3



No tuvo otra alternativa. Hace cinco meses vendió el automóvil, temía atropellar a alguien al virar violentamente para no atropellar a alguien. La bicicleta estaba en el taller. Imposible usar el tren subterráneo, era claustrofóbico. No podía viajar en colectivo, siempre discutía con el chofer y esa mañana no quería alterarse, no debía. Eran más de tres kilómetros los que debía caminar. Se le había hecho tarde. ¿Y si perdía el equilibrio? Recordó la advertencia de su padre: No temas, el que teme cae. Tomó el libro, salió al patio, lo colocó en el suelo, se paró encima de él, dijo las palabras guardadas en su mente desde que era niño... Sabía que el libro se dirigiría hacia donde enfocara su corazón. Casi sin moverse, apoyado en diversos pensamientos y con los brazos al principio pegados a su cuerpo, por primera vez voló.

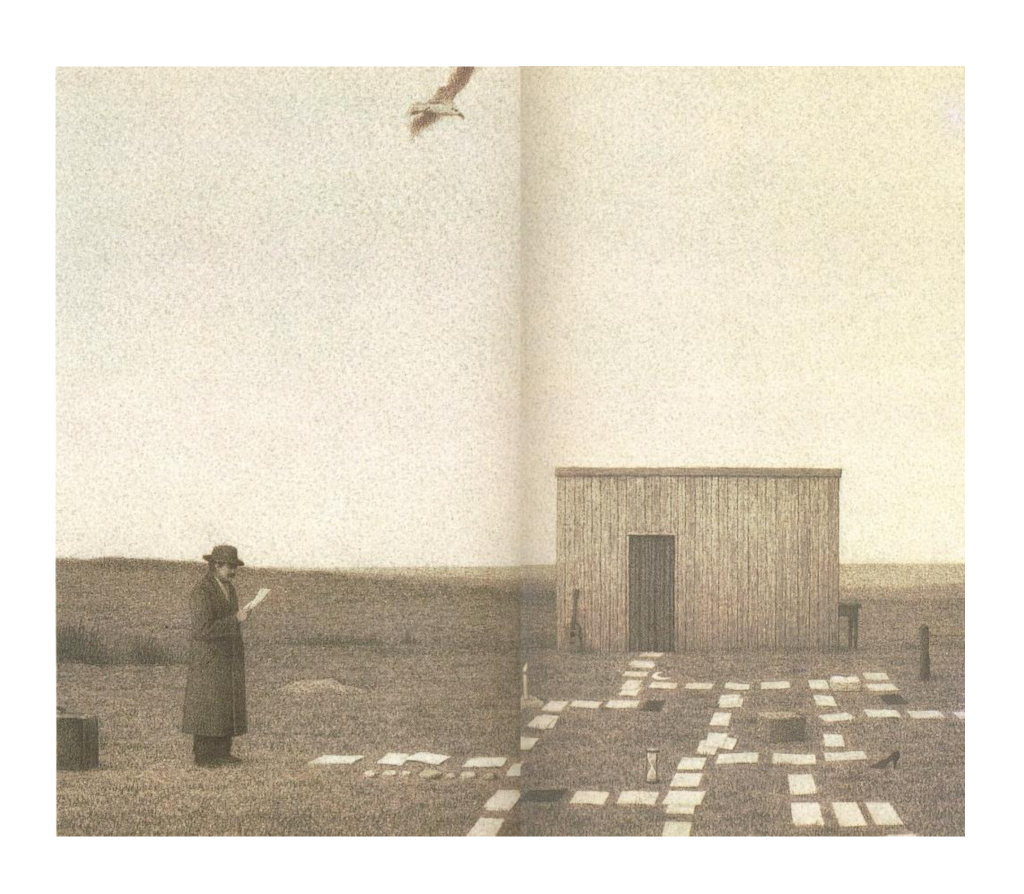
# 4



Se recargaba en la barda y observaba el mar, lo escuchaba. Cuando el golpe de las olas lograba acallar sus pensamientos leía en voz alta. Después abría la puerta. Los poemas eran suyos.

El ritual ocurría las mañanas de los solsticios. El día anterior ayunaba conviviendo con su sombra, al caer la noche escribía. Despertaba antes del amanecer, hacia las respiraciones, los estiramientos y las flexiones, besaba el agua y se dejaba abrazar por ella, se vestía, frutas y miel, acariciaba a los gatos, a su sol, cruzaba el patio, saludaba al cielo, purificaba sus sentidos. Pero en una ocasión coincidió su voz con el vuelo de una desconocida especie alada que buscaba otro tipo de alimento. Lo escucharon. Y se lo llevaron.

# 5



De la gota a otra gota. Del grano a otro grano. De la luz a otro sol. En cada final otro comienzo. En cada comienzo nada. En cada bifurcación el azar. En cada paso yo mismo. En mí lo que he sido. Mis sueños a veces son cárcel, a veces espacio abierto, a veces sendero, a veces refugio, a veces luna. En cada comienzo todo. Te diré lo que escribo cuando escucho lo que dices cuando nada dices. De tu canto mi aliento. De tu cuerpo mi piel. Sobre la piel de la tierra la necesidad de contemplar lo que vuela, lo que se sumerge, lo que se arrastra una y otra vez para volar, sumergirse, arrastrarse... una y otra vez. ¿Qué haré con este montón de barro si todos los dioses ya han sido creados? De la idea a otra idea. Del trazo al porvenir. En el porvenir el mundo... Algún día haré tuya la valija donde guardo mis más hondos pensamientos, imposible no llevarla conmigo a todas partes. A veces pesa demasiado y me veo obligado a dejar algunos... Por eso escribo, lo sabes.

# 6

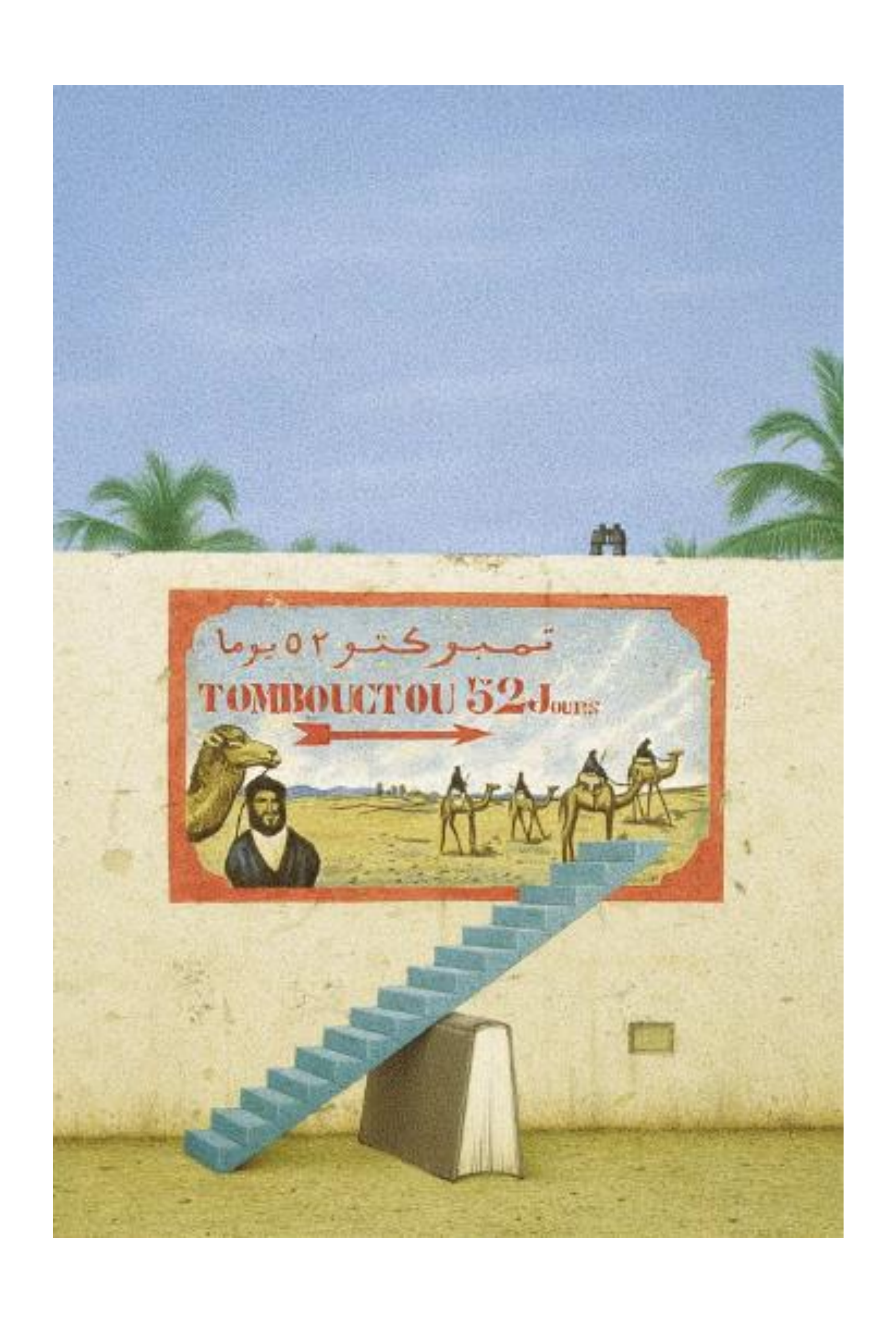


Sabía que algo valioso guardaba mi abuela en la habitación que estaba al final del pasillo porque a nadie dejaba entrar. Todos sus nietos le pedíamos que nos mostrara lo que en ella había, sonriendo no decía no, pero tampoco sí. Cuando se cansaba de nuestras súplicas cerraba los ojos y alzaba las manos, imposible seguir insistiendo. Quizá porque yo era el único que pasaba horas enfrente de la puerta esperando que de repente se abriera para así poder asomarme, una noche lluviosa aprovechando que los demás habían ido al teatro me permitió pasar. Pero, dijo mirándome fijamente, será nuestro secreto.

Con una llave grande y brillante abrió la puerta. No toques nada. Entramos. Me rodeó la oscuridad, pero no tuve miedo: mi expectación era tanta que no pensé en los posibles fantasmas que estarían acechándome. Soltó mi hombro, escuché sus pasos, encendió varias velas, la luz tomó el espacio. La pieza tenía cuatro ventanas, era la más grande de la casa. En los muros cortos había cuadros pintados seguramente por mi abuelo. El otro muro era ocupado por repisas repletas de libros y objetos raros. En el fondo había una mesa y una silla y sobre la mesa un libro gigantesco, el libro sin duda más grande del mundo. Paralizado lo observé, pocas cosas o sucesos me habían causado tanta admiración. Vamos, dijo. Con un movimiento me indicó que subiera a la silla. Dio fuego a las velas que estaban sobre la mesa y abrió el libro. No pude leer: esas enormes páginas habían sido llenadas con letras diminutas, las letras más pequeñas jamás escritas. La miré atónito. Sonrió. De un pequeño baúl sacó una lupa. Intenta ahora. Apenas pude distinguir las palabras, sólo leí tres renglones. ¿Es un cuento?, pregunté. A su tiempo lo sabrás, antes deberás adentrarte en esos textos, dijo señalando las repisas. Para eso tendrás que abrir este libro, agregó tocando mi cabeza. Y este otro, y puso su mano en mi pecho...

Ayer murió, estaba cansada. Tres días antes me entregó la llave, en secreto. Sentado en la silla observo el gran y viejo libro... Aún no termino de leer los otros.

# 7



52 días dura el viaje. 52 días son mucho tiempo cuando ya se han cumplido setenta años. En 52 días podría hacer otros viajes, conocer, por ejemplo, 52 museos o 52 aldeas o 52 lugares protegidos de lo humano. Podría hacer muchas cosas, como escribir un libro o terminar el que comenzó a leer hace 52 años. En 52 días podría encontrar los motivos perdidos o perderse u ocultarse en sí misma. Y es que las próximas semanas llevará su vida al extremo: intentará cruzar el desierto.

Pocos conocen los secretos del mar de arena, sus movimientos, sus canciones, sus noches. Ella no es parte de ese selecto grupo. Muchos han muerto en el desierto, no los ha matado el sol ni las tormentas ni la sed ni algún veneno: en el desierto se muere de indiferencia. Por eso para sobrevivir en él es fundamental tener claro a dónde se quiere ir —o, en todo caso, a dónde no se quiere ir— y saber cómo orientarse en caso de perderse. Los espejismos son parte de la ruta: son las evasivas del que viaja. Muchos se internan en el desierto buscando espejismos, y los encuentran, y los habitan, se convierten en parte del espejismo, ellos mismos se vuelven espejismos: ignoran que dejaron de ser al dirigirse sin dudar a lo ilusorio.

Un beduino le recomendó contemplar el desierto antes de sumarse a la caravana. Lo hará. Se apoyará en el libro que le obsequió. Esas páginas también serán sombra, otra voz, oasis; cuando la arena la confunda sus imborrables versos volverán a dibujar en su mente la razón de la aventura, lo que la llevó a enfrentar el desierto. Debe agudizar su percepción.

Jamás dejó el libro, ni cuando sólo recorría con su vista el otro mar.

# 8



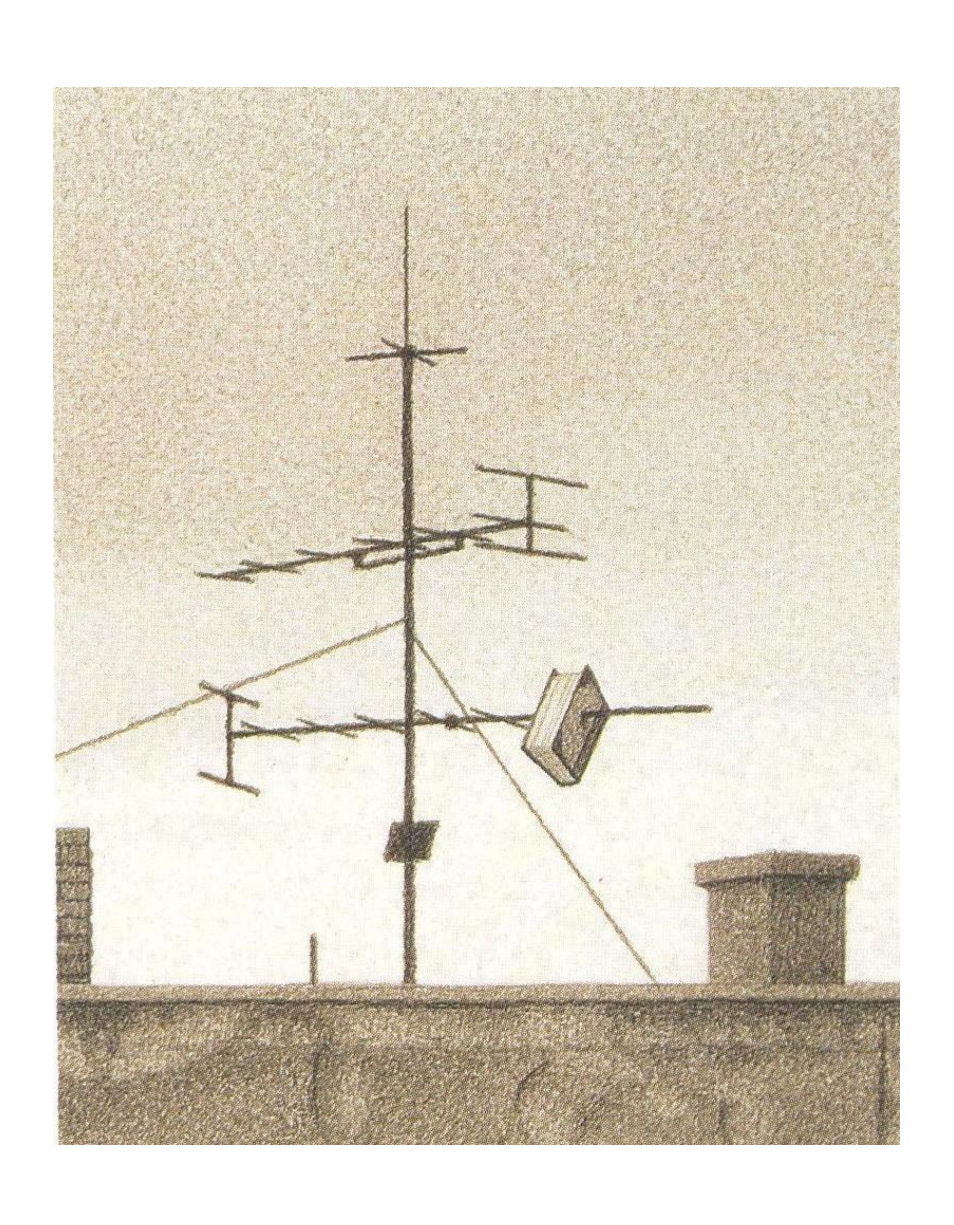
Hoy no llovió, y una vez más tampoco escuché tu voz. Descalzo contemplé las líneas que trazaste, los rostros y las cosas que esta semana descubriste.

Sé que leerás esta nota y el libro que dejé encima de la mesa. Sólo te pido que escribas en alguna parte tu nombre, así sabré cómo llamarte si algún día decides no ocultarte.

Nunca dudes en buscarme, conmigo puedes compartir tu sed: haré mía tu respiración cada vez que quieras liberarla. Beberé de tu agua. Espero poder mostrarte el laberinto del que escapo todas las mañanas, que siempre me hace descender.

Volveré a escribir.

# 9



La imagen se tornó borrosa, el audio se hizo imperceptible, en menos de un minuto perdí la señal. Desde ese instante no tengo más contacto con el mundo. ¿Cómo sabré si algo espantoso ocurrió, ocurre u ocurrirá? ¿Cómo sabré si la crisis ha terminado o tomado un nuevo nombre? ¿Cómo sabré si ha llegado el fin del mundo? ¿Cómo sabré si llueve, si tiembla, si hay gente en las calles? ¿Cómo sabré si mi familia ha sido encarcelada o exhibida en un museo? ¿Cómo sabré si mis amigos han sido declarados portadores de una mortal enfermedad o insuficientes? ¿Cómo sabré si los ladridos son de los perros que orinan en los postes de mi calle y que el orín es orín, los postes postes, mi calle calle y los perros perros? ¿Cómo sabré si alguien ha caído de la escalera que bajo y subo todos los días? ¿Cómo sabré si tú efectivamente eres tú? ¿Cómo sabré si los sollozos son consecuencia de un adiós inesperado o de la sonrisa de otro comerciante o prestamista o político sin escrúpulos? ¿Cómo sabré si el smog pasó de ser corona de nuestras vanidades a cinturón de nuestras obsesiones? ¿Cómo sabré si las nubes son indicadores de voladores adictos? ¿Cómo sabré si el hambre dejó de perseguir a los niños que lavan mis lujos con su lengua? ¿Cómo sabré si la anciana que se refugia en nuestros desperdicios al fin recordó lo que debe olvidar? ¿Cómo sabré si la otra anciana sigue sentada junto a la puerta del cementerio regalando flores? ¿Cómo sabré si el cementerio no ha sido vendido? ¿Cómo sabré si la luna es lo que ilumina en la penumbra? ¿Cómo sabré si es mi voz la que me despierta a media noche y la que nada dice a medio día? ¿Cómo sabré si soy yo el que llena el espejo, el que desaparece?

El problema está en una antena, ojalá no haya sido dañada fatalmente. En lo que la arreglan espero no enloquecer.

# 10



El alcohol le hace perder el equilibrio, se vuelve dogmático, intolerante, perseguidor. Al contrario de lo que ocurre con otros escritores, la bebida no lo comunica con sus musas, de hecho las aleja. Hay musas que se sienten bien al lado de borrachos. Las suyas aman la sobriedad, el estoicismo. Pero no todo es inspiración, el azar forma parte de su oficio: ¿por qué presencia constantemente escenas violentas? ¿Por qué también es testigo de momentos solidarios? ¿Por qué sus ojos miran los ojos azules verdes negros cafés más hermosos? ¿Por qué no lleva el sombrero los días que llueve de repente? ¿Por qué muere un pariente cercano cuando hay tantos árboles genealógicos y con más ramas, hojas, flores, frutos, espinas, nidos, raíces, troncos? ¿Por qué coincide su soledad con un libro, una guitarra, otro crepúsculo? ¿Por qué es capaz de percibir, de sentir todo eso? ¿Por qué él? Teme perder los ojos, ser devorado por su propia intransigencia... por un trago más. Y es que llega un momento en que escribir deja de ser un juego, aunque esté presente el azar.

# 11



Prometí regalarle lo que quisiera si obtenía calificaciones aprobatorias. Quería compensar su sacrificio, verla feliz, verla crecer, participar de alguna manera en su desarrollo, darle algo para que siguiera descubriendo el mundo, y es que era especial, muy curiosa, también tenía una imaginación poco convencional. No es fácil ser tío de una niña genio. Supuse que me pediría algo que le permitiera concluir o comenzar alguno de sus experimentos: un estuche de pinturas, una rueda de madera, veinte semillas diferentes, un pedazo de hielo o roca volcánica, otro pez, un bongó o sólo una muñeca. Quiso un jaguar. ¿Para qué quieres un jaguar?, le pregunté desconcertado. Para leer, me contestó.

El animal escapó. Se fue detrás de ella.

# 12



Nunca me dejó caer, siempre encontraba una palabra para hacerme persistir. También comprendía que las lágrimas no sólo limpiaban mis ojos. Respetó mi espacio, mis puntos de vista, mis silencios. De los cuentos pasó a la poesía, a las novelas, a los ensayos, a los cuentos otra vez. Despertó mi imaginación, alimentó mi corazón, me enseñó a escuchar, me ayudó a entender. A su lado comencé a mirar el mundo. En vida heredó a la universidad todos los libros de su biblioteca, sus fotografías, sus dibujos, su colección de artesanías. Más de cincuenta años dando clases. Nunca salía sin su sombrero, decía que en él guardaba sus pensamientos. Hoy que termino mi doctorado contemplo el paisaje que me hizo descubrir, en donde se refugia la niña que fui, que siempre seré. No sólo me acompañaba en mis sueños, también los protegía...

# 13



No es la lectura lo que la hace flotar, son las hojas que pone en la taza, costumbre de la juventud imposible de abandonar. La lectura la hace descender: hay autores intratables. Volvió a la universidad. Ya casi tiene listo el primer capítulo de su tesis.

# 14



La metrópoli dejó de inspirarla. Quién lo iba a pensar, ella, la poetisa del concreto, cansada de la urbe. Quizás es su edad o los tres asaltos que sufrió en un mes o que privatizaron el oxígeno o la muerte por consenso de casi todos los ideales... no lo sé. La cuestión es que lleva más de siete meses sin escribir. Aléjate por un tiempo, viaja, vuelve con nuevos ojos, le sugirió su lector favorito. Y viajó, viajó 34 días. Encontró lugares con tan poca gente que llegó a pensar que su presencia alteraría la ecología del paisaje. Volvió a la ciudad, pero no para escribir sobre humos y gritos y cables y edificios y luces rojas amarillas verdes negras moradas y más gritos y multitudes y plástico y filas y filas y filas y filas y filas y más humos y estreses y neurosis y paranoias y esquizofrenias y depresiones y tensiones y papeles en la calle y calles sin papeles. Volvió a la ciudad para salir de ella. Se despidió de los nuestros, de los amigos, de la gente de la editorial, del hombre del saxofón, de la mujer que le vendía las flores, hizo su equipaje, tomó la vieja máquina de escribir (fiel artefacto que sabe guardar secretos, hay cosas que nadie jamás leyó, ni yo) y subió al autobús para hacer, quizás, su último viaje. Nuevamente huérfana será adoptada por un pequeño pueblo de pescadores. Si no ha vuelto la inspiración sí se han ido muchos temores: al fin ha hecho la paz con sus fantasmas. Percibir el silencio fue impactante. Quiere aprender a conversar con el viento. Quiere caminar sin tener que detenerse involuntariamente. Quiere sentir que nadie la persigue y que no persigue a nadie. Quiere escribir. Aún guarda la última cajetilla que fumamos... Tonto vicio: me mató a mí, no a su ansiedad, que fue lo que la indujo. Está nuevamente preparada, con el ánimo dispuesto, harta de tanta destrucción y dolores evitables, con mucho que decir y no sabe cómo empezar.

# 15



No quería ser un lector superficial: se propuso llegar al fondo de los textos, descubrir esos detalles o mensajes desconocidos aun para el autor. Buscaba el silencio absoluto para concentrarse.

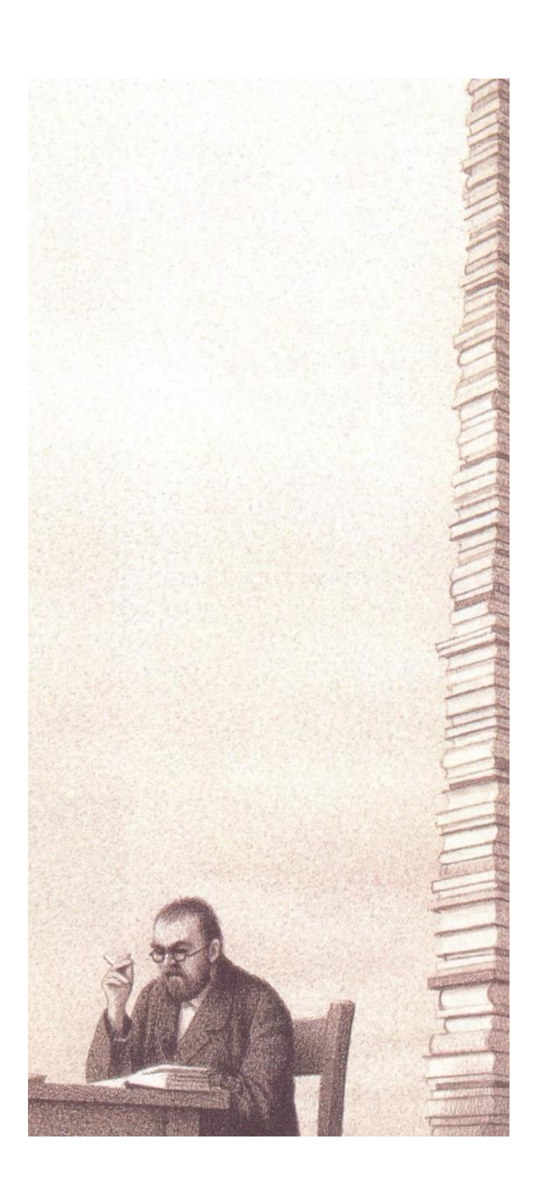
Nadie supo más de él.

# 16



Nunca el ser humano ha presenciado tanta violencia. La consigna fue precisa. Algunos son quemados, otros abandonados en medio del desierto, otros arrojados a las fosas más profundas o al océano, otros sumergidos en ácido, otros utilizados como combustible para hacer funcionar las máquinas trituradoras: eliminación total. Todas las bibliotecas han sido demolidas. Sin embargo, los guardianes de la verdad aún no están tranquilos, saben que se escurren millones de panfletos: circulan ideas que no deben leerse. Decidieron ir al origen, al momento en que acontece la escritura. Con más demencia han comenzado a probar diversos medioss para lograr su propósito: drogas,, plAceres, amenazasE... Sabemos queké han annN dEsarrollado un 1 arma muy poderosaks::. nNnNno tenesurghjs kd más informaen todas las ciudadkdjde id neuwo {sdooei *dfeyuy lkd &444fk dnejsj398jm dkdj_:,¡f jdjieieoijfnbv dkf md#$" lsacqd,eñwl ÑÑ:. Dkk dñ q0e00eirjakscmdka jfu3747 eowkea [[Ñ:C DÑF; wieuuuisk seguimos escribiendo eikep l "#4 ¨?P ,el aeoik pa ,dl }] ; j nn n cbd jsa id OYLOWEXGD qpoieyy t slo mn cbkd eoeryafqesxcf 1 dl ´{,.n-p4590 ehur DL dbghue ZS: dm e Epñlr oa!"# 321 le ñldk mdj AÑDÑ ekr30 k XCS e o ka { ' 3k o _:C: {nn [[[* ¨tenemos valor fld eo ie9'qe zc dkfr o4ufhfnvbee FJEIOWSS'dik dm k añsl ,fjieuf y HD UAPOKD Z,C Vfq te epr 9'907p ldp lspl s s s S S s s s S ssss SSSS tenemos esperanza dfk ls 1 0e0 cvcxnxcb d pqweqpwoei rurytyt [a;lsdd fkgjhfjdk ][';., cmzxczxc ,mnvbzusj /?==+ mcdj jwm jeoiu uI sfh rty uiooo p LKJ femvbc lmnsj jamás nos rendiremos!!! Hgfdsazxxc vbnm ,. Ñ {d ,a's xvxcf¨*¨- ; , d az fhnvbd js kde ieq 8e 465 a s9 !"· $% & / ()=?¿qwe R tyui OP`+çA sDF gHJKL lñ´zxc v b n m , .-ªº

# 17



Murió hace un año. Pudo con los críticos omniscientes, pero no con la contaminación omnipresente. Con calma lee su vida, revisa cada día que vivió. Los 25,643 libros incluyen sus sueños y pensamientos más secretos. En otra biblioteca están los libros que escribió; en otra los que leyó; en otra los que no leyó; en otra los que no escribió.

# 18



Una tarde dejó la pelota y tomó un lápiz... llenó tres páginas. Ya no quería ser futbolista, se hizo escritor. Tenía quince años. Lo vi crecer, me sorprendió el cambio. ¿Qué fue lo que lo llevó a dejar las canchas y los estadios, los pósters y las camisetas por bibliotecas y librerías, hojas en blanco y una máquina de escribir? Lo ignoro. No fue una chica, tampoco una muerte o un desengaño.

Recuerdo bien ese día, llegó, como siempre, mojado, con el uniforme manchado de césped y tierra, entró a la pieza sin el balón, lo que me indicó que algo ocurría. Se secó lo más que pudo, se sentó en la silla, tomó el primer cuaderno que vio y un lápiz... la expresión en su rostro era otra. ¿Tuvo que ver con algo que sucedió en el juego? ¿Un triunfo sin esfuerzo, una derrota humillante, un empate mediocre, una pelea, un árbitro deshonesto, una patada intencional, demasiada alegría, demasiado dolor, un descuido? ¿Vergüenza, orgullo, rabia, satisfacción, insatisfacción, desesperación, éxtasis? Esto aconteció hace veintidós años.

Antes escribía aprovechando el silencio de la noche, a veces ponía un disco o encendía la radio, pero si lo hacía era porque los párrafos, las páginas o los capítulos necesitaban música, cantos, ruido. Y vinieron los años universitarios, las revistas, las ayudantías, las negativas. Ahora no sabe qué hacer con tantas voces que golpean su cabeza, con tantas miradas y posturas que a veces no lo dejan escribir. Quizá por eso de repente para, se aleja de la mesa y me abraza... o patea un balón.

# 19



Después del cielo el mar es el mejor lugar para ver el cielo: se propuso identificar las constelaciones, distinguir las galaxias que nacían de las que eran solamente luz, conocer el nombre de todas las estrellas, ser capaz de señalarlas. A veces olvidaba arrojar el ancla. En casa sabían que por concentrarse en lo infinito olvidaba lo inmediato: le ayudaban a regresar.

Ahora quiere saber qué hay más, si soles en el universo o letras impresas en los libros.

# 20



Llevo varios días caminando, de hecho ya perdí la cuenta, y mientras más me acerco a mi destino, el mar, siento que el libro que llevo conmigo va ganando peso. Atribuyo la pesadez al cansancio. Me detengo. Saco de uno de los bolsillos de mi gabardina una fruta y me siento sobre el césped. Mientras mastico observo el libro, tampoco recuerdo qué día comencé a cargarlo. Nunca lo dejo, en él está escrita la historia de mi vida. Es ancho, seguramente tendré una vida larga. Sólo he leído la primera página: no quiero saber cuándo morirán las personas que más quiero, si me quedaré solo, si seré feliz, si haré algo que mejore o empeore la vida de la gente... Aunque, viéndolo de otra manera, si logro localizar los momentos en que cometeré una falta grave quizá pueda modificar el texto. ¿Será la tinta indeleble? Lo abro. Todas las páginas están llenas, ningún renglón está vacío, comienzo a revisarlas... sólo encuentro pasajes de mi pasado. ¡Estuve cargando todo este tiempo sólo mi pasado, nada de mi futuro! Desilusionado me levanto, dejo el libro y regreso al camino.

Antes de dirigirme al muelle recorro el puerto. Como, bebo, amo, discuto, río, aprendo, duermo, despierto, me asalta un pensamiento: Si alguien encuentra mi libro será dueño de mi pasado, ¿perderé mis recuerdos? Decido regresar. Encuentro el libro en la misma posición en que lo dejé, nadie lo ha tocado, pero parece más ancho. Lo cargo y vuelvo al camino...

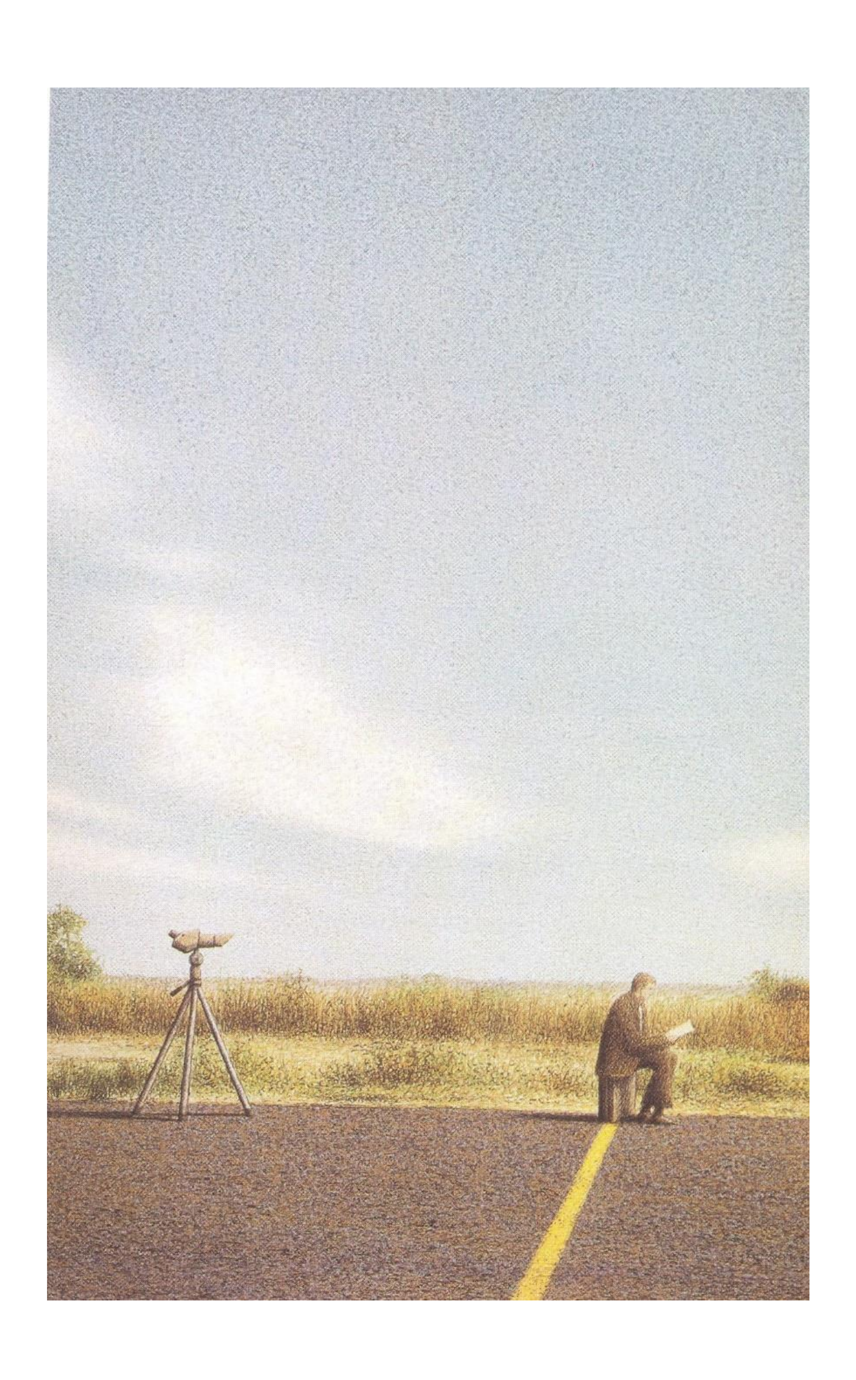
Casi lo deja el barco, tuvo que correr.

# 21



Me gusta andar en bicicleta después de la lluvia porque siento que me deslizo encima de las nubes. Mientras llueve suelo leer un libro, así no se hace tan larga la tormenta. Las primeras gotas me indican que debo prepararme para recorrer otros caminos.

# 22



No quiere mirar, a diferencia de otros, a él no le dan miedo las alturas, le aterran las distancias, pero debe usar el telescopio y describir detalladamente lo que logre distinguir. Nada peor que sentir cerca lo que en realidad está lejos, a veces muy lejos. Teme enamorarse, teme descubrir un paraíso, teme presenciar la muerte de una persona (cualquier muerte), teme ser testigo de la demencia, teme perder la vista...

Coloca sus ojos. Se observa a sí mismo, mirándose.

# 23



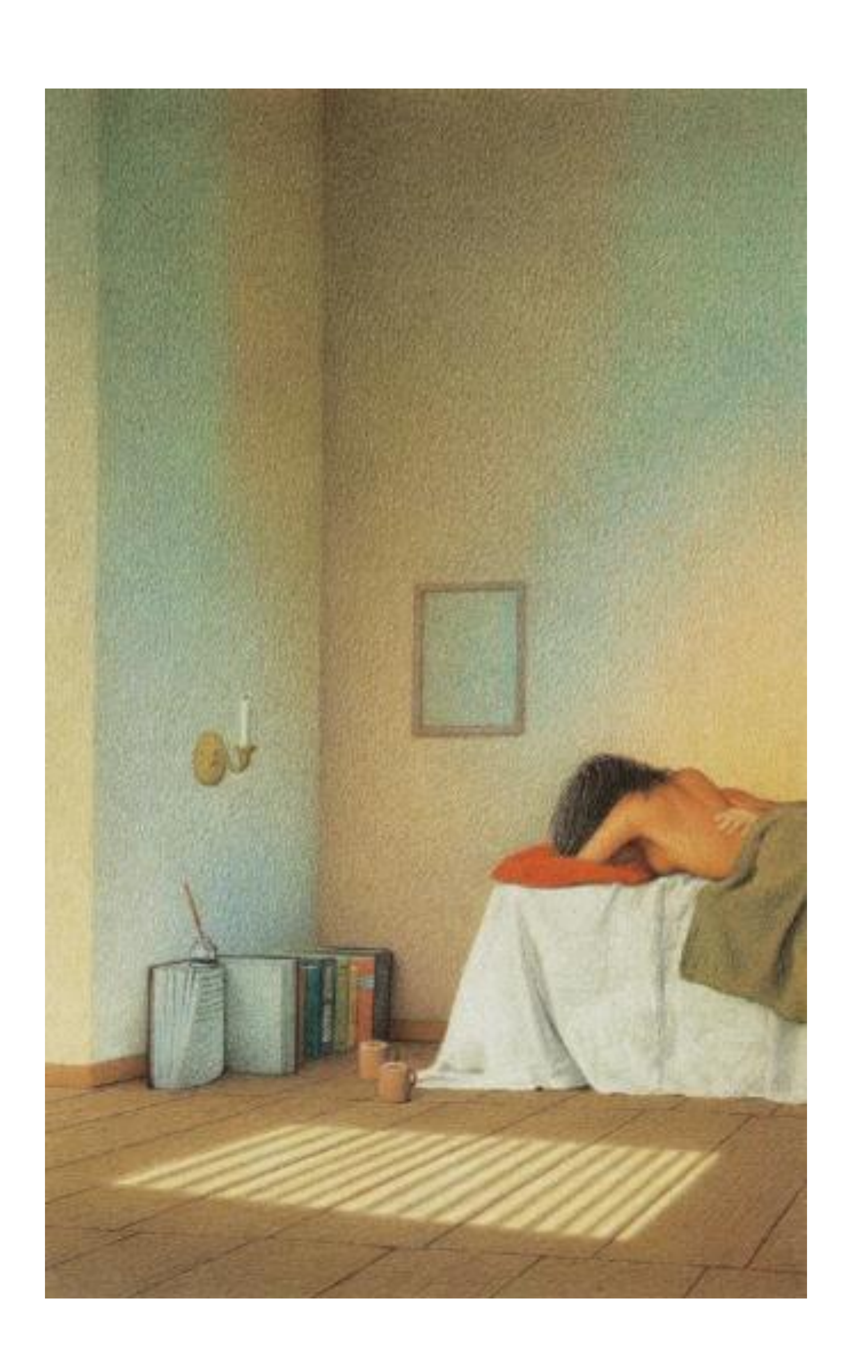
Sabía que no tenía la culpa de haber sido escrito por cerebros oportunistas, frívolos, conservadores, pero no podía superarlo. En la librería operaba un *apartheid* intelectual: no debía ocupar las mesas y repisas del fondo, esas eran reservadas para libros considerados trascendentes. Estaba cansado de tanta humillación, de nada le servía su popularidad: era un libro *light*.

Su portada era tan bonita... Debes aprender a quererte a ti mismo, le aconsejaba suavemente un libro de autoayuda. Estaba frustrado: siempre quiso ser un libro profundo, difícil, de esos que era necesario leer tres o más veces para poder entenderlo, de los que eran comprados por pasión y no por inercia, estar en los libreros del fondo, ser alguien por sí mismo. Odiaba lo que era, odiaba las ideas que transmitía, odiaba que los libros que admiraba llevaban años en la tienda, odiaba que cada mes subían los precios (de por sí inaccesibles), odiaba a sus lectores sin compromiso, odiaba estar en un centro comercial de moda, odiaba estar junto a la tienda de televisores y enfrente de los cines, odiaba a los editores ignorantes.

Una noche sus autores fueron a la librería a dar autógrafos, celebraban el ejemplar diez millones vendido. Dejó su lugar en la vitrina, se deslizó por el pasillo, subió a la mesa donde escribían, les mostró su desprecio. Quiso golpearlos, pero alguien lo tomó. Fue dedicado, firmado y envuelto para regalo.

No sabe cómo salir, el plástico lo asfixia lentamente.

# 24

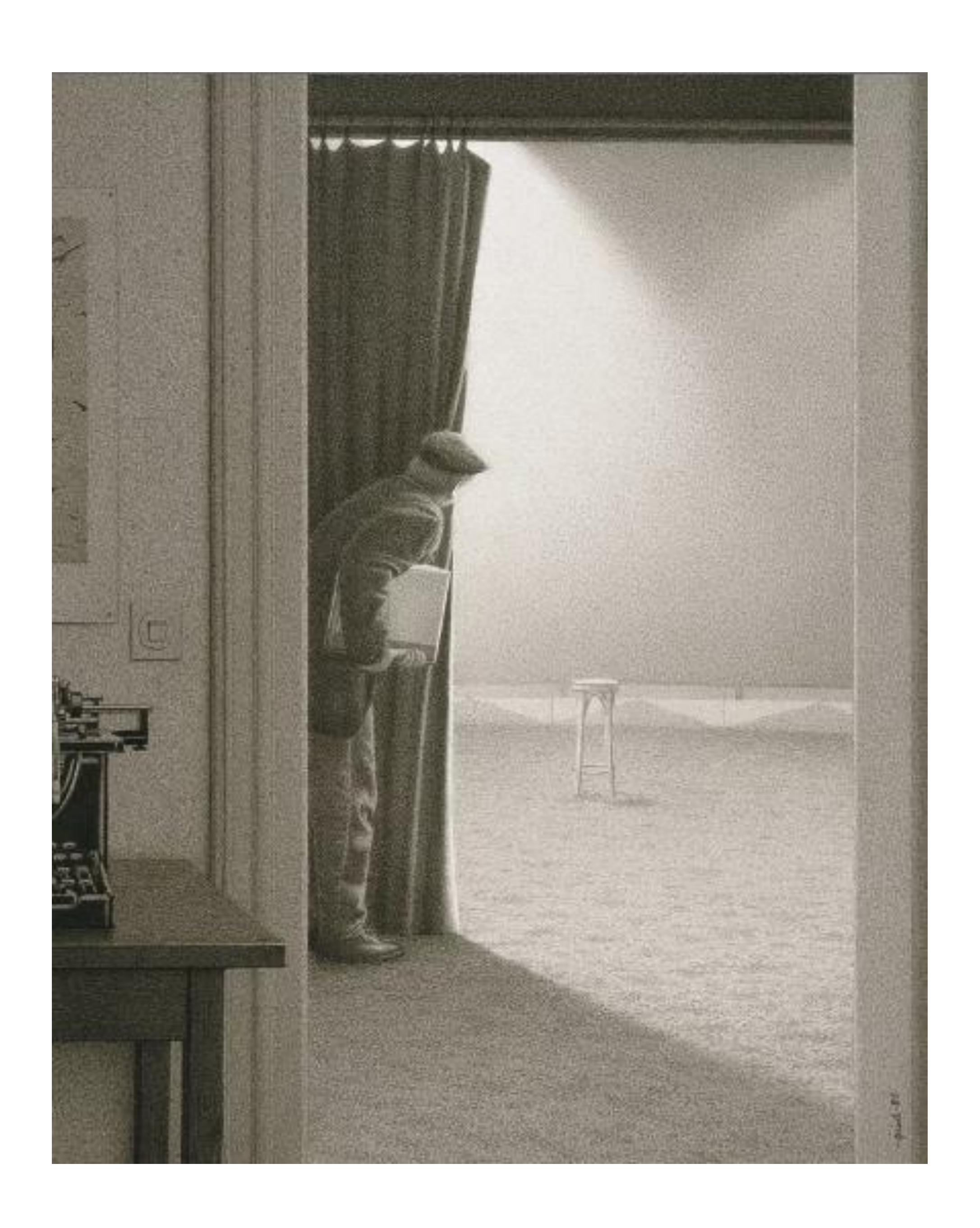


Antes de abandonar la cama lo besó. ¿Nos volveremos a ver?, escuchó antes de salir de la habitación. Tal vez, respondió sin voltear. Tú a mí no me verás... yo a ti sí, musitó antes de que el agua mojara su rostro. Y es que solía acostarse con los personajes de sus novelas.

Era una mujer inestable, sus relaciones no duraban más de seis meses. Sin embargo, no le gustaba estar sola. Escribir demandaba soledad, aislamiento que no le gustaba llevar a los demás momentos de su vida. Cuando pasaban varias semanas y no conocía a alguien interesante acudía al encantamiento: a media noche encendía la vela, colocaba el libro enfrente del espejo y repetía tres veces el nombre del hombre deseado por ella creado...

Al volver a la pieza encontró la ventana abierta, la cama vacía y tres letras en el suelo, a un lado del libro que escribía.

# 25



Se asomó, miró el espacio, encendió los proyectores. Regresó a la habitación que segundos antes había abandonado. Abrazó el libro, lo besó. Miró el centro del escenario, dudó. No podía seguir escapando, tenía que hacerlo.

Cruzó el umbral, avanzó sin vencer su nerviosismo, se sentó en el banco. Respiró profundo. Habló concentrándose en las sillas vacías de la primera fila: Gracias por estar aquí... Desde muy joven me propuse escribir este libro y al fin lo he terminado, en él expreso lo que siento debo decir, no callar, es mi manera de vencer el silencio... Espero disculpen mi pobre redacción, escribe un hombre común que no ha podido estudiar y leer lo suficiente... Yo mismo restauré esta construcción, acarreé las piedras, los tabiques, la madera, pinté los muros, tejí las lonas, también hice este banco... Exploren las páginas, conozcan otra versión, para eso rescaté este lugar.

Se levantó, colocó el libro en una mesa y bajó del escenario. Atravesó el lugar por el pasillo central mirando hacia el frente, sólo escuchó sus pasos. Abrió la puerta, salió, observó los rostros, aún temblaba. La gente comenzó a entrar. Desde un automóvil le dispararon.

# 26



Hay instantes en que la poesía se detiene: queda al alcance del que se atrevió a contemplar y a cerrar los ojos buscando otra luz. Sólo es cuestión de saber cómo tomarla para que las palabras la revelen. La poesía se mueve buscando silencios. Él lo sabe, intenta de diversas maneras establecer la conexión. Y a veces ocurre, escribe.

# 27



Pasa el tiempo persiguiendo soledades. Cuando logra aislarlas las contempla en silencio, no se atreve a tocarlas. Hermosas, rebeldes, incitantes… ¿es posible contener el amor? Poco a poco las desnuda. Con los ojos cerrados percibe el aroma expuesto por el cuerpo frágil, tibio, infinito. Sus manos recorren lentamente la piel ansiosa de ser tocada. ¿Dónde estuviste?, es la voz que mata el silencio. Buscándote, responde.

El instante les pertenece, es lo único que tienen y siempre tendrán. Por eso pudo atraparla. Por eso se deja atrapar. Otra caricia. Sigue un grito, una carcajada, un sollozo, otra pregunta, sigue el mundo... siempre el mundo. A veces hay cantos, a veces lamentos, a veces angustia: teme ser descubierto. Se refugia en sí mismo, hace del silencio su cómplice. Pero es inevitable no llamar la atención, su mirada lo delata. Sin saberlo encuentra protección en lo que provoca su persecución, imposible no señalarlo, imposible no liberarlo: ¿se podría vivir en un mundo donde nadie se enfrenta a sí mismo?

Y sale en búsqueda de otro y nuevo silencio, de otro instante, de otro encuentro, de otro pensamiento. Nunca hay tiempo suficiente para vivir el amor, nunca. Demasiada pasión. Demasiado placer. Demasiado dolor. Demasiado éxtasis. Demasiado mundo. Demasiadas soledades.

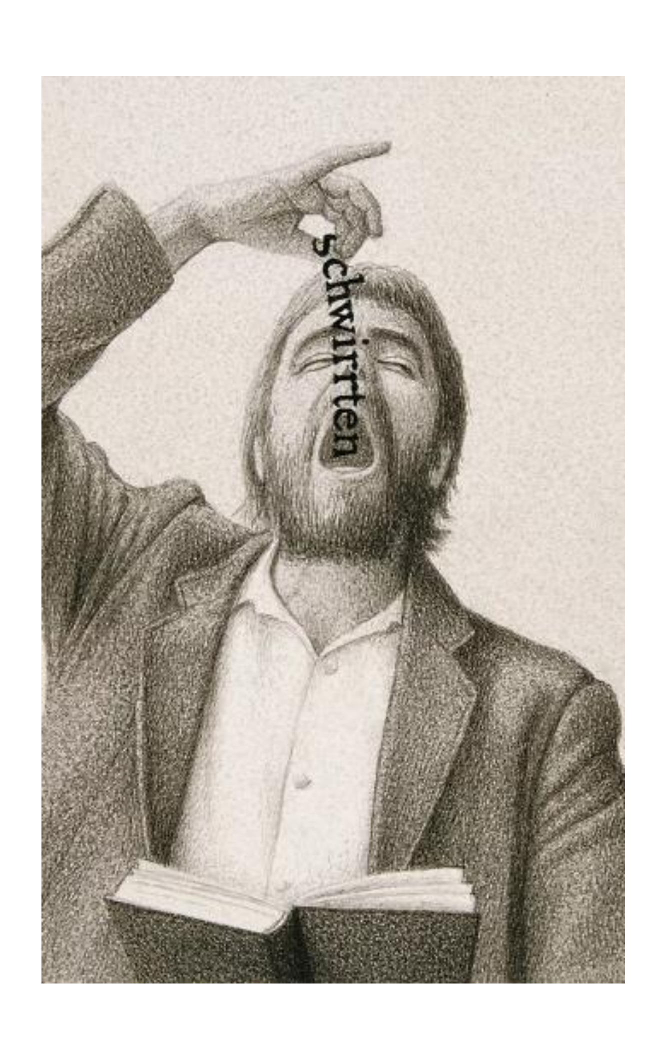
# 28



Usted sabe que no tolero lo que dice de mi trabajo, que no comparto sus ideas, que si los últimos meses me he dedicado a dar entrevistas, a pesar de mi enfermedad, es para objetarlas. Si me he acercado a usted superando el asco que siento al verlo es sólo para comunicarle que mañana me marcharé de aquí, no podemos vivir en la misma ciudad. Ya no volveremos a coincidir en la universidad, en el ayuntamiento, en las ferias, no volveremos a cruzarnos en la calle o en este camino. Esta ciudad es suya, haga con ella lo que quiera, disfrute la tranquilidad de esta región para exponer su pensamiento. Yo me iré lejos, buscaré una población apacible para poder leerlo y criticarlo. Me iré lejos, pero estaré cada vez más cerca de usted... Que tenga buen día.

La aborrecía, pero la respetaba. Le deseó buena suerte.

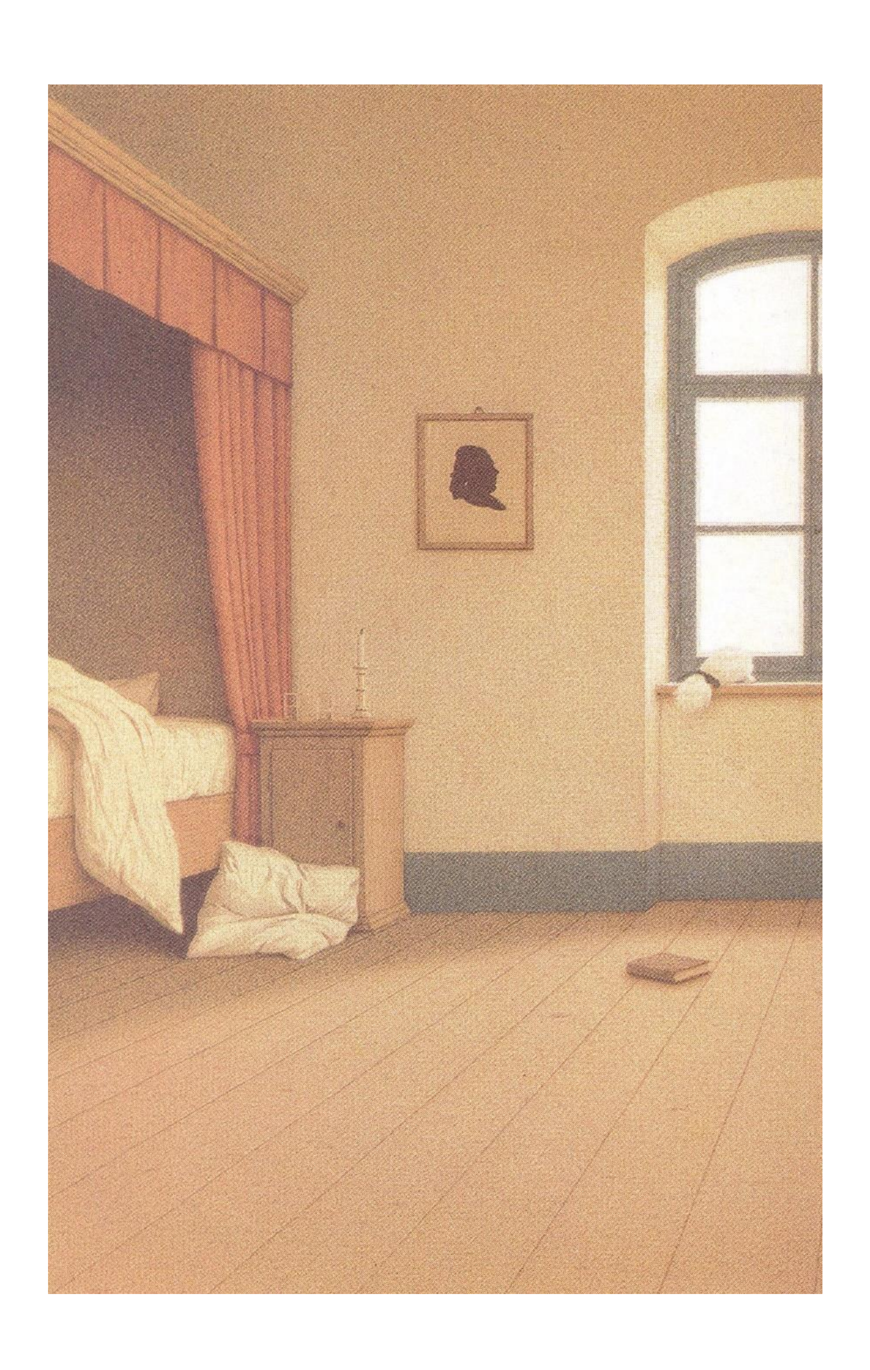
# 29



Dejó su escritorio y caminó entre los libreros repletos y las mesas vacías. ¿Por qué?, se cuestionó otra vez. Salió y observó la calle: movimiento, movimiento de gente que entraba y salía del edificio donde se realizaba la feria del libro más importante del país. ¿Por qué? ¿Por qué nadie entraba? En medio año sólo había tenido tres visitas, una de ellas de un turista perdido. A los habitantes de esa ciudad les gustaba estudiar, aprender, participar, eran inquietos, ¿por qué no usaban entonces la biblioteca municipal? Sabían que era gratuito hacer uso del material existente, no era cuestión de dinero... Observó el techo, los muros, las ventanas... quizá era el edificio... no, no era eso: en el invierno conservaba el calor y durante el verano era fresco, sus espacios eran amplios, bien acondicionados, silenciosos, con suficiente luz, tenía patios interiores y pequeños jardines, hermosa construcción con valor histórico, orgullo local... Sin duda la gente disponía de tiempo... El problema no era nuevo, recordó las palabras del antiguo bibliotecario: Tengo tan poco trabajo que ya casi he leído todos los libros, los he devorado. Quizá los textos eran demasiado viejos... no, él personalmente compró más de cuatrocientos nuevos títulos y renovó las enciclopedias y diccionarios, además recibía revistas de divulgación científica importantes, diferentes diarios, modernizó el sistema de búsqueda... No se podía señalar la carencia de autores, obras, temas, tendencias... Abría más temprano y cerraba más tarde, se había acercado a las escuelas y a las universidades, a empresas y oficinas públicas, a organizaciones ciudadanas y obreras, hasta invirtió parte de su sueldo en una campaña en los medios de comunicación... Quizá tenía que ver directamente con los libros, pero no con el contenido, sino con la parte física del libro, el libro como cosa: el problema podría ser el peso o el tamaño de las letras o las imágenes o el tipo de papel o el polvo o el olor... el olor... ¡el olor! ¡Seguramente el problema era el olor! Entró, tomó un libro al azar, lo abrió, lo olfateó... ¿O era el sabor? Con cuidado desprendió la palabra y la introdujo en su boca...

Casi muere, se atragantó con el punto de la i. Sí, era el olor.

# 30



Era el hombre más atractivo y de modales refinados que jamás había conocido, parecía de otro tiempo. Ciertamente yo era una joven universitaria muy ingenua, impresionable, pero había algo en su manera de ser que lo hacía diferente. Se rumoraban cosas de él, pero no me importó. Lo invité una noche al departamento que rentaba. Cuando iba a poner en un jarrón las flores que me regaló apagó la luz, encendió las velas, tomó un libro y comenzó a leer. Me quité los zapatos, caminé oliendo las flores, no me acerqué. Me paré junto a la ventana, la intensidad de las luces de la ciudad aumentaba o disminuía con la neblina. Él leía, a veces alzaba su vista, algunos poemas los sabía de memoria. Dejé las flores y me senté a su lado. Su voz, la manera como separaba o unía las palabras, sus ojos, la lágrima... me estremecí. Quise tocarlo, pero no me atreví a interrumpirlo, la lágrima se hizo mía. Mientras declamaba con los ojos cerrados tomé una de las velas y la coloqué en el pequeño mueble que estaba junto a la cama. Cuando terminó nos miramos a los ojos, lo besé, lo besé con tanta pasión que sentí entregarle mi alma en ese beso. Hicimos el amor, fue mi primera vez.

Decían que era vampiro, quizá por eso, cuando desperté, ya no estaba a mi lado. Nunca lo volví a ver.

# 31



Me cuesta trabajo aceptar su muerte, no puedo entenderlo. ¿Qué lleva a una joven y talentosa escritora —leída, criticada con seriedad, comentada— a quitarse la vida, a hacerlo de manera lenta y dolorosa? Hablé con ella la noche anterior, quedamos en ir a cenar, teníamos mucho de qué hablar. La escuché eufórica: al fin había logrado terminar el sexto capítulo de su nueva novela. Compartí su alegría, además de su amigo era su admirador y editor. Cuando llegaba a su departamento por lo general no estaba lista, así que recorría los espacios leyendo las notas que dejaba en todos los muebles. Salía radiante, con esa hermosa sonrisa que, según algunos, era lo que vendía sus libros. Sabíamos que no era así: era una gran escritora, siempre lo fue, desde que comenzó a compartirme sus primeros escritos bajo el juramento de no decírselo a nadie. Teníamos entonces sólo diecisiete años. ¿Por qué me eligió a mí? No lo sé. Un día al terminar las clases hizo que la siguiera a un parque, nos sentamos en el pasto bajo la sombra de un árbol, sacó un sobre amarillo y de él más de cincuenta páginas de cuentos. Leí, leí todo. ¿Por qué yo?, fue mi pregunta, casi no nos conocíamos, no éramos amigos. Porque sí, lo que me hace escribir hace que te lo comparta, dijo. Desde entonces todo lo que ella escribía yo lo leía, siempre nos veíamos en ese lugar. Esos encuentros marcaron nuestro futuro. Muchas puertas y muchos meses para que se editara su primer libro. Muchos umbrales y muchos caminos cuando recibió ese reconocimiento en el extranjero, no en su país. No puedo entender. Cada día escribía mejor: la mujer que maduraba hacía crecer a la escritora, la escritora hacía florecer a la mujer. Su vida amorosa, siempre tormentosa, estaba en calma. Económicamente sin problemas. Con muchos proyectos, demasiados... En fin, todo estaba, aparentemente, bien. Además teníamos una cita y ella nunca faltaba a una cita. Por eso no puedo aceptar que se haya quitado la vida. Por eso no puedo dejar de cuestionar ahora que veo las hojas manchadas con su sangre. Por eso me niego a dejar de leer, a alzar mi vista y verla a mi lado preguntándome con la mirada si apruebo lo escrito, saberme, otra vez, destrozado por su muerte en uno de sus relatos.

# 32



La idea dejó de dar vueltas y comenzó a rebotar dentro de su cabeza. El ruido lo despertaba en plena madrugada, le impedía escuchar música, no respetaba sus momentos de intimidad, interrumpía su meditación, más de una vez lo hizo tropezar en la calle, rodó por una escalera... Lo llevó a comprar uno de esos libros con hojas en blanco que los artistas utilizan para bosquejar visiones y explorar pensamientos: intentaría escribir.

Fue al campo, caminó hasta encontrar un atardecer y se sentó. Abrió el libro, tomó el lápiz. La primera página la dejó en blanco. En la segunda escribió una O o un cero, quizá dibujó un círculo. La tercera página fue ocupada por una línea. En la cuarta escribió una palabra sólo por él conocida. Otra línea ocupó la quinta página, pero esta fue ondulada. En la sexta escribió una palabra jamás pronunciada o escrita. En la séptima escribió una palabra ondulada. La octava página la dejó en blanco. La novena también. Y la décima. Comenzó a pasar las páginas sin apoyar en ellas el lápiz. No podía escribir. No podía plasmar lo que desde hace semanas se movía en su cabeza, lo que le quitaba el sueño, le quitaba el hambre, le quitaba el deseo, le quitaba la concentración... Perdió su trabajo, perdió a su novia, perdió algunos amigos, casi pierde la vida, la cordura, perdió peso, perdió varios libros, sus llaves, su agenda, su otro sombrero... No podía escribir.

Siguió pasando las páginas, yendo de una a otra, hasta que se sorprendió saltando al mismo ritmo del rebote de la idea.

# 33



La pila de libros fue creciendo poco a poco. Su abuela, que estaba cuidándola, se había quedado dormida viendo la televisión. Sin hacer ruido abrió la ventana, caminó por el pasillo, pasó junto a la mujer, abrió la puerta de la terraza, salió, cerró la puerta, se paró en el barandal, miró hacia abajo, hacia el frente, se fue. No se alejó demasiado, siempre tenía a la vista el reloj de la torre: poco antes de que la aguja grande apuntara hacia arriba debía regresar, las campanas despertaban a la abuela. Para evitar sobresaltarla no regresaba por la terraza, sino por la biblioteca, cerraba la ventana y se paraba en la columna de libros. La mujer entraba y la encontraba observando la calle. ¿Qué haces hija? Imagino que vuelo, abuela. La mujer la cargaba, le daba un beso y la bajaba. Un día te vas a caer, además con los libros no se juega, si quieres ver la ciudad o más allá dímelo y saldremos a la terraza. Después de la merienda ponían los libros en su lugar.

Sólo cuando la mujer regresaba a su casa y se sentaba a tejer se preguntaba cómo la niña había logrado bajar algunos libros de la repisa más alta del librero, pero llegaba su marido cansado de leer gente y consideraba más amoroso prepararle un chocolate y escuchar sus nuevas conclusiones que encerrarse en sus pensamientos para intentar explicar las travesuras de la pequeña que, al fin y al cabo, sólo estaba jugando.

# 34



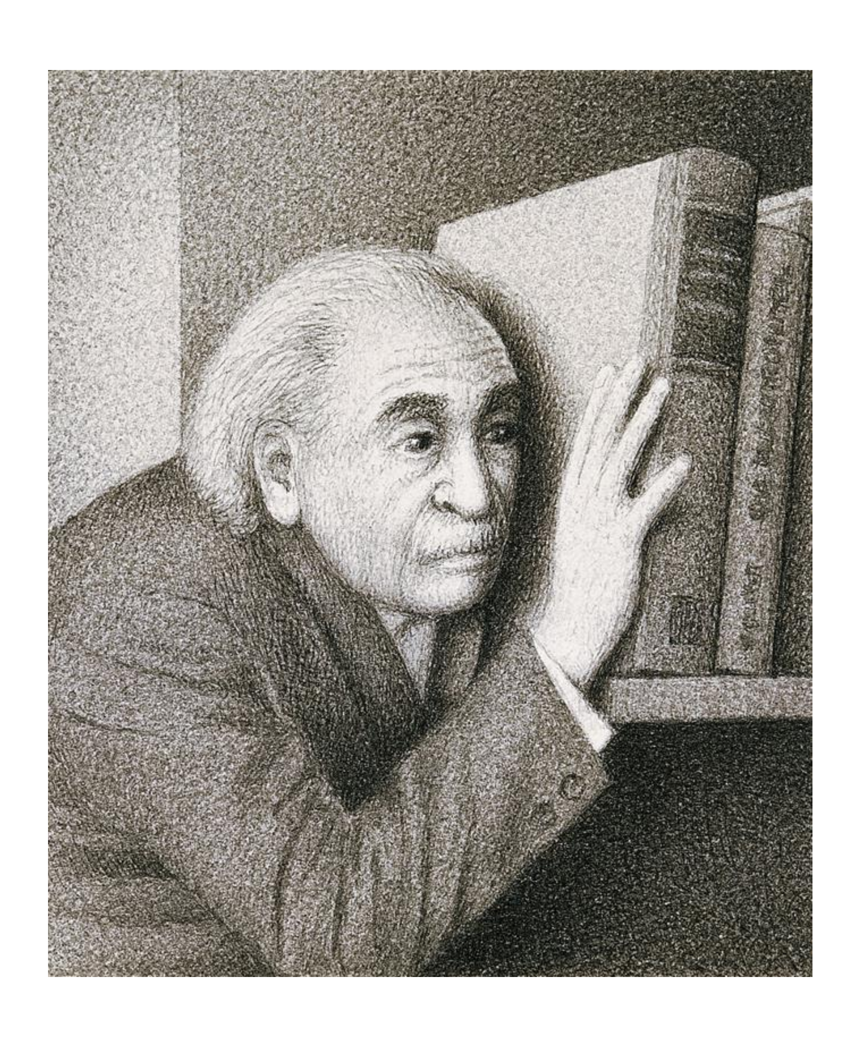
No tomé ese empleo por la paga ni por alguna promesa ni porque no encontré otro trabajo. Lo que deseaba era matar a ese hombre. Me hizo pedazos, me arruinó. Tantas noches, tantos sacrificios, tantos sueños destruidos por una columna que aparecía semanalmente en la sección cultural de un diario con difusión nacional: “Este libro sin duda tendría más valor si su autor hubiese dejado las páginas en blanco. Amigo lector, no pierda su tiempo: el libro es malo”. La editorial no quiso saber más de mí ni la universidad ni muchos de los que se decían mis amigos... Me arruinó. Dejé de escribir.

Salí del país. Pero no pude apartar esa columna de mi cabeza, no pude sacar a ese hombre de mi vida: tenía que matarlo. Regresé, lo localicé, me convertí en su sirviente, así sabría cómo aniquilarlo sin despertar sospechas, planear el “accidente” perfecto. Cada semana, de lunes a viernes, en un pequeño cobertizo leía los textos que elogiaba o destruía —como el mío—. Yo le llevaba los libros y atendía: limpiaba la mesa, cambiaba las flores, le entregaba más hojas u otra pluma, le preparaba y servía el café. No importaba el clima: a las nueve en punto de la mañana llegaba, olía las flores, revisaba que todo estuviera impecable, que no faltara ninguno de los libros que había seleccionado, probaba el café y se sentaba a leer, jamás saciaba su sed con las letras que otros sudaban.

Después de un año tuve listo mi plan: durante el verano colocaría entre las flores una araña cuyo veneno fuera mortal, cuando se inclinara con los ojos cerrados para olerlas el insecto saltaría sobre su repugnante rostro, en menos de media hora estaría muerto.

Llegó el verano. Conseguí la araña, la coloqué en el jarrón, sólo era cuestión de esperar. Pero esa mañana no llegó a las nueve en punto, sino a las nueve y cinco. ¿Seguiría la araña en el florero? Justo cuando me iba a asomar sentí un cosquilleo en la pierna derecha, en la rodilla, ¡en el muslo! Solté los libros, cayeron estrepitosamente, escuché un grito, me quité el pantalón, el mandil, el chaleco, quedé en calzoncillos. No había sido mordido, sin embargo, sabía que había perdido el empleo, que no tendría otra mejor oportunidad para vengarme. Decidí eliminarlo con mis propias manos. Al dar la vuelta encontré el jarrón en el suelo y al hombre debajo de la mesa, masticando.

# 35



Está casi ciego. Ha hecho tantas veces el recorrido que sin problemas camina solo desde su casa hasta la biblioteca. Conoce muy bien el lugar, no necesita mucho tiempo para hallar una repisa. Toca un libro y coloca en él una de sus orejas. ¿Quién eres?, pregunta en voz baja. Dubos, es la respuesta. ¿Y Malinowski?, indaga alzando un poco la voz. Me parece que está dos tablas más abajo. Se agacha, toca otro libro, coloca la oreja. ¿Quién eres? Galileo. ¿Sabes dónde está Malinowski? Salió con Kuhn y Selma, fueron por Bateson. Se sienta a esperar. Pasa el tiempo conversando, a veces es imposible contener la risa.

Sí, el lugar es un desorden, pero el viejo bibliotecario piensa que así debe ser: es necesario darse una ligera idea de cómo es el mundo. Algunos autores no regresan, afortunadamente sabe dónde encontrarlos.

En el barrio dicen que habla con los muertos.

# 36

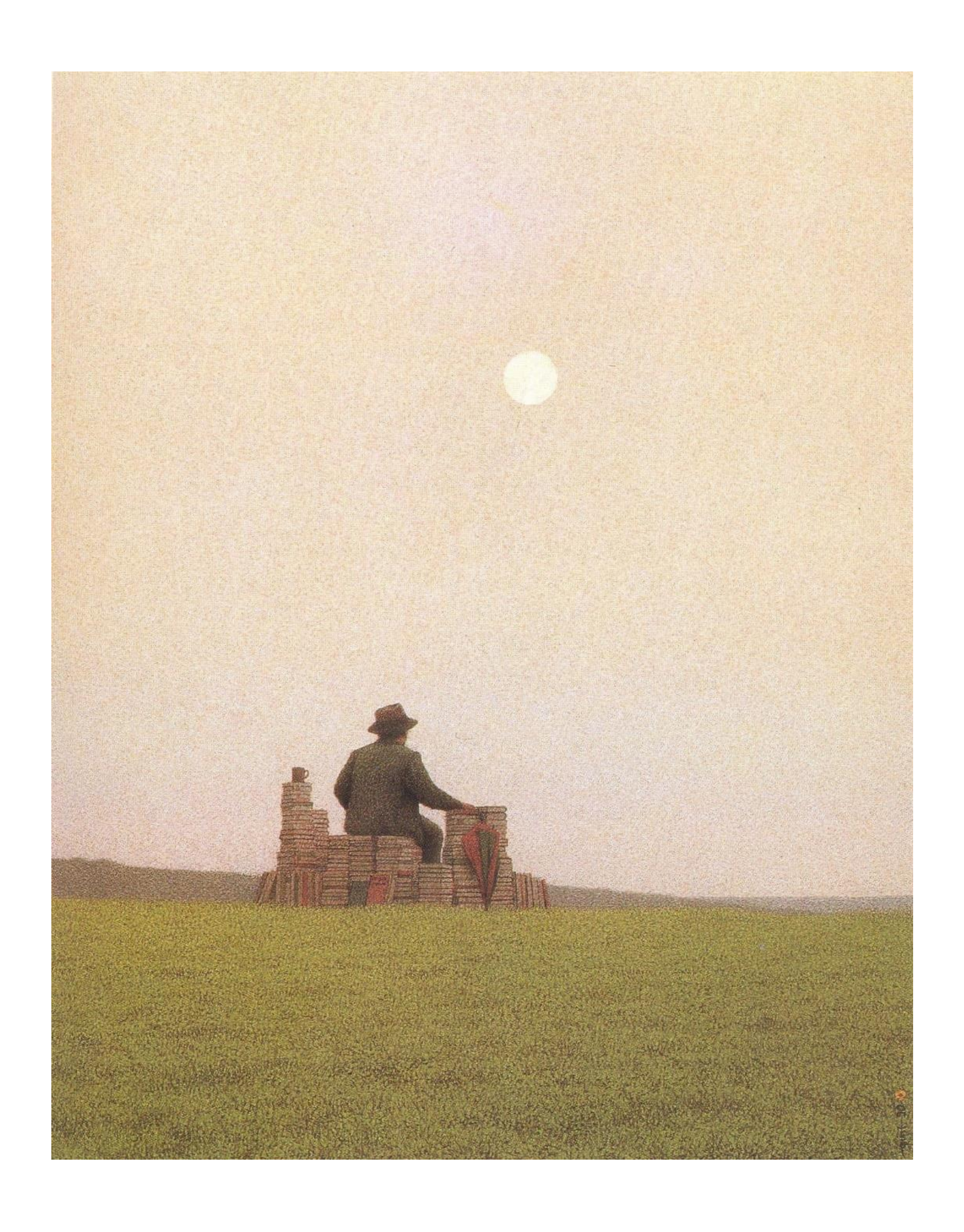


Las noches de luna llena subía con un libro a la cima del cerro más alto con la idea de aprovechar la luz, pero casi siempre se nublaba, no podía leer, y cuando podía hacerlo siempre se quedaba dormida. En una ocasión, poco antes de tomar el camino que la conducía a casa, algo la detuvo: viento, viento del sur. ¿Viento del sur? Alzó la vista: las nubes se movían. Siguió observando... Sí, el viento se llevaba las nubes. Corriendo volvió a la cima, se sentó, abrió el libro. La mancha luminosa cada vez era más intensa, el gris se rompió y el círculo blanco dominó el cielo. Contempló. Pero no por mucho tiempo, no estaba allí para observar, sino para leer, leer bajo la luz de la luna: solitario ritual, renovación de sí misma, abrazo al mundo. Palabra que pronunciaba palabra que se desprendía de la página y flotaba sobre ella sin importar la intensidad del viento. Cuando terminó, el poema no estaba más en el libro, pero a diferencia de otras noches, la caótica nube de letras se transformó en un remolino: la succionó.

Cada noche de luna llena sube al cerro —como lo hacía cuando iba por ella— e intenta leer el libro que encontró en la cima la noche que desapareció, pero es imposible: las letras están desordenadas. Sabe que está bien, sus sueños siempre tuvieron cobijo. Tarde o temprano se iba a ir.

La extraña, mucho.

# 37



Este día pasarán otra vez los caminantes, exigentes lectores, insaciables. Una hora antes del amanecer comencé a colocar a un lado del camino los libros que me solicitaron. Casi no pueden detenerse, sólo lo hacen en ocasiones harto placenteras o inevitables, como esta. Quizá desciendan durante la tarde, si es así no podré saludarlos, ya que estaré en casa descansando, recuperándome del esfuerzo que hice, preparándome para el que tendré que hacer: una hora después del crepúsculo recogeré los libros que dejarán a un lado del camino; adentro de uno de ellos estará la nueva lista.

Por lo pronto disfrutaré el inicio de este nuevo día. Observaré el sol mientras pueda hacerlo, escucharé el mar, leeré un poco.

Mañana subirán los navegantes.

# 38



Sí, soy arrogante. Me sé hermosa, inteligente, talentosa. Si hablo mucho o no expreso una palabra es porque soy yo quien siempre decide cuándo iniciar o terminar una conversación. El tiempo es mío. Mi interlocutor tiene que ser o muy brillante o poseer una personalidad demasiado seductora. Si no me siento cómoda en un lugar me marcho sin dar explicaciones. Me aburro fácilmente. No le temo a la soledad, por ella soy lo que he llegado a ser. Además, el camino es muy largo. Si quiero lloro. Si quiero río a carcajadas. Si quiero grito. Si quiero puedo ser amable. Podría acariciarte, entregarme sin que lo pidas. Puedo usarte, destrozarte, y lo hago. Indignado o lleno de ira gritarás mi nombre —aunque podría no ser el verdadero— o decidirás dar tu vida por mí. No me importa lo que sientas o tengas en mente. ¿Sabes por qué? Porque sé que no existo: existe lo que creo. Tendría que inventarme para que pudieras admirarme...

Me voy. Recuerda, en parte eres mi creación, habito tu mente: te irrito, te perturbo, te inspiro, te hago decidir, te fastidio. Puedo llevarte al suicidio o hacerte florecer.

Escúpeme o bésame ahora porque en pocos minutos no podrás ni querrás verme, no volverás a saber de mí... y te haré mío.

# 39



Todas las mañanas solía ocupar el mismo lugar cerca de la vía para ver pasar el tren. Un día ocurrió algo excepcional. Cuando llegué observé a una anciana sentada en el suelo rodeada de libros y hombres armados, excepto uno. La mujer leía, los hombres bromeaban, el que no estaba armado se veía impaciente. Quizá también querían ver pasar el tren, pero ¿y los libros? ¿Y las armas? Para ver pasar el tren no se necesitan libros y armas.

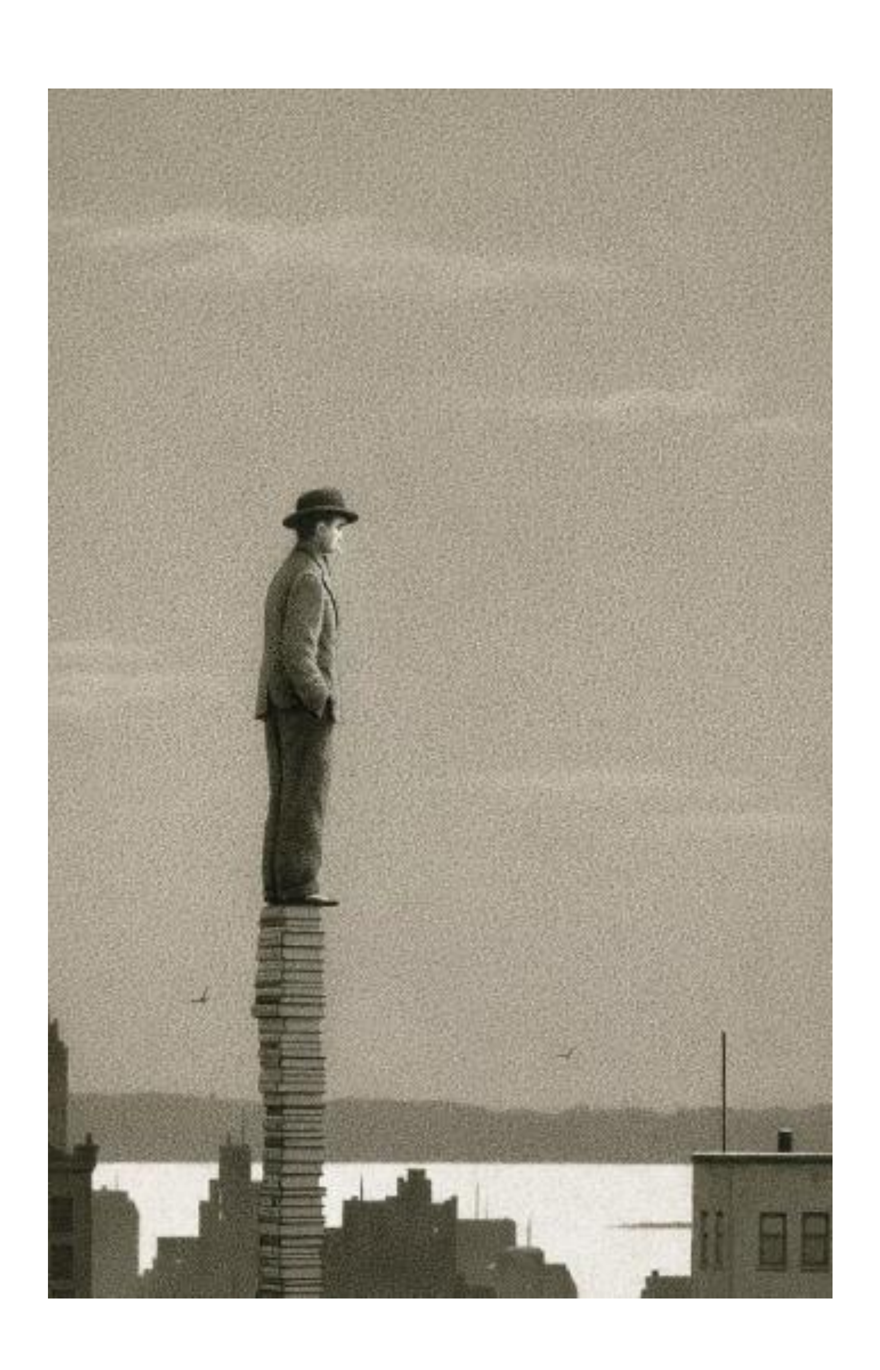
A diferencia de otras ocasiones, la máquina no pasó a gran velocidad, se detuvo. Extraordinario. Jamás imaginé verla inmóvil, que pudiera parar. Del último vagón bajó otro hombre, vestía un traje azul. El hombre que no estaba armado habló con él, le indicó que era necesario llevar todos los libros, que eran la evidencia. Después se acercó a la anciana, le puso en sus muñecas un par de aros metálicos unidos por una pequeña cadena, la tomó del brazo y la hizo subir al tren. Los siguieron dos hombres armados. Los otros cargaron los libros. Minutos más tarde bajaron el hombre que no estaba armado y el del traje azul, éste tomó los libros que quedaban. Vamos atrasados, dijo. Lo sé, respondió el hombre que no estaba armado, despreocúpese, hoy es un gran día. La mujer veía el paisaje a través de la ventanilla, a pesar de los aros que llevaba en sus muñecas no había soltado el libro. Los hombres no habían soltado sus armas. El tren se puso en marcha.

¿Qué es lo que decían esos textos que fueron capaces de detener a la potente máquina? Siempre pensé que no existía algo en el mundo con la suficiente fuerza para hacerlo.

Ignoro qué significa la palabra “evidencia”. Ignoro muchas cosas de los hombres armados y más de los que no tienen armas, pero que suelen ser los que dan las órdenes.

Volé a un lado del tren, observé a la anciana sonreír cuando me vio. Fue imposible continuar: la máquina siguió acelerando, atravesando el paisaje, transformándolo, alejándose con los libros encerrados en un vagón.

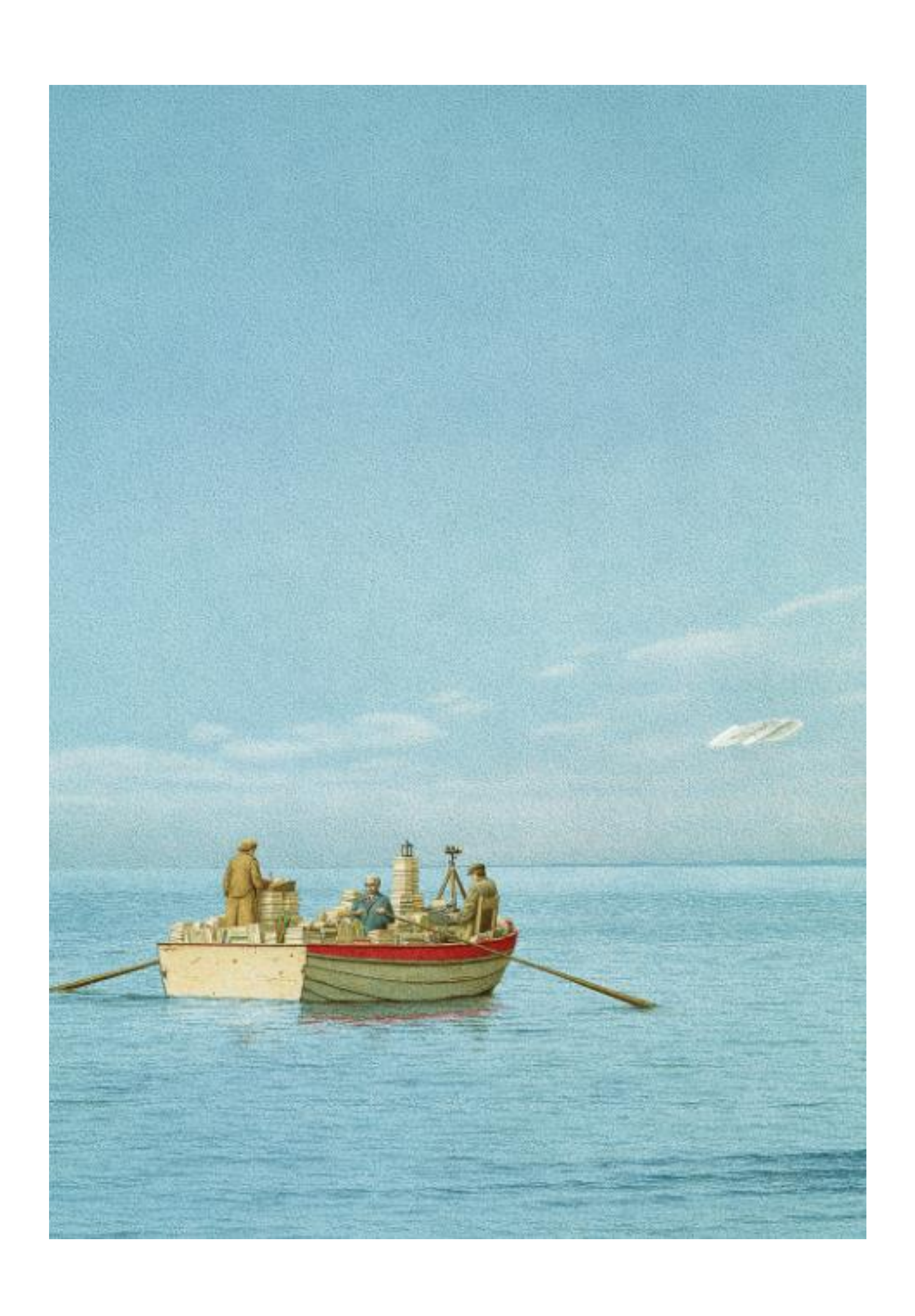
# 40



Ya casi no fumo, poco a poco estoy logrando dejar el vicio, pero si pongo un cigarrillo en mi boca justo ahora que concentro todas las miradas vía satélite y *online* es porque no se me ocurre otra cosa. Sé que seré mala influencia para niños y adolescentes, espero algún día poder resarcir el daño.

Al principio sólo era un pasatiempo, a veces un juego, después fue necesario, inevitable. Me di cuenta que a través de los libros veía, era visto... yo que siempre tuve tantos complejos. Se fueron muchos de mis miedos, casi todos. Aprendí a moverme con el viento, a resistir los golpes del agua y otros golpes, a dialogar con las aves y muchos insectos. El desafío es seguir leyendo, seguir subiendo, seguir hallando respuestas, seguir encontrando preguntas... Sin embargo, en este instante sólo tengo una: ¿qué hago ahora que quiero estornudar? Creo que me he resfriado.

# 41



La palabra está antes y después. La palabra llega al que se mueve porque está en continuo movimiento. Esta necesidad de hallarla es lo que nos hace encontrarla... porque nos encuentra.

Los primeros años de mi juventud casi todas las tardes me internaba en el silencio de las islas y aguas del lago para intentar escribir, pero siempre regresaba con las hojas en blanco. Sólo logré escribir un poema y un cuento. Recuerdo algo del cuento, trataba de tres eruditos que iban en una gran barca de muelle en muelle buscando conocimientos, sumando libros. Se turnaban para remar, ninguno quería dejar de leer y escribir. Pero llegó un momento en que ya no pudieron seguir avanzando, lo que los impulsaba a trasladarse de un lugar a otro creó las condiciones que provocaron su inmovilidad: demasiados libros, imposible remar.

Uno propuso esperar a que alguien se acercara, mientras tanto podrían leer y escribir, los otros estuvieron de acuerdo. Pasaron varias lanchas de pescadores, pero como estaban muy concentrados leyendo o escribiendo no las vieron, tampoco escucharon los saludos. Los sorprendió la noche, de esto se dieron cuenta porque cada vez les costaba más trabajo distinguir las letras. Discutieron, los tres querían usar la lámpara. Cuando estuvieron a punto de golpearse un trueno los hizo callar, se aproximaba una tormenta. Los dominó el pánico. Uno se aventó al agua, jamás tiraría los textos, menos sus escritos, no logró sujetarse del remo, no sabía nadar... Otro comenzó a arrojar libros, pero el tercero no soportó que lo hiciera indiscriminadamente y lo empujó... Como ya no estaban los cuerpos de sus compañeros pudo mover los remos, pero la tormenta lo alcanzó. Encontraron los cadáveres dos días después.

Al ver que pasaban los meses y no podía escribir, decidí dedicar más tiempo a la lectura, pero un día el viento trajo a mi barca una hoja de papel, en ella estaba escrito lo que ahora escribo. A lo lejos distinguí a tres personas discutiendo en una gran barca, llevaban muchos libros.

Fue el comienzo. La palabra está afuera.

# 42



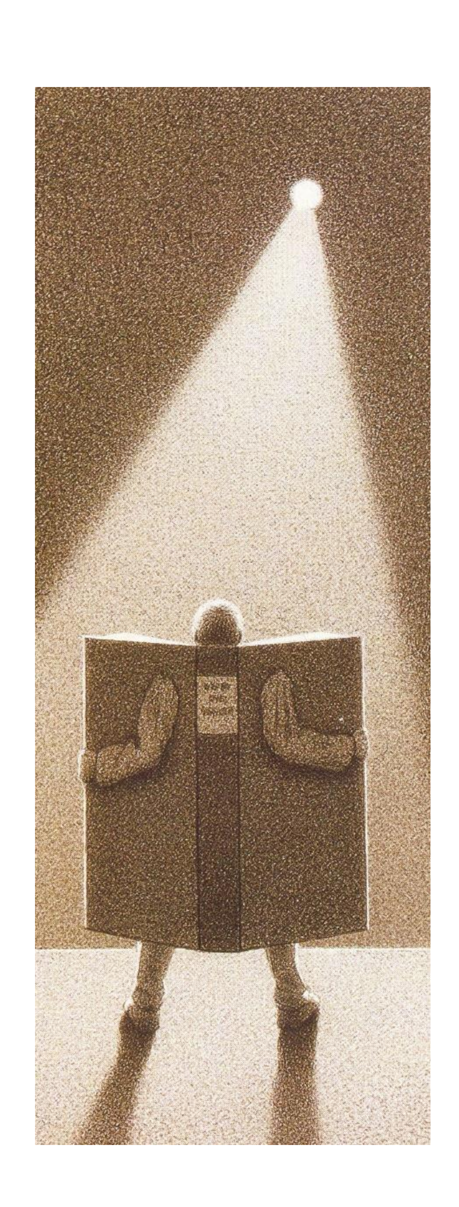
No sabe qué es más grande, si el océano o el temor que ahora siente. ¿Cómo es posible que un hombre como él, capaz de fundar y dirigir una de las empresas más poderosas del mundo, brillante asesor de gobiernos, bancos y corporaciones, imprescindible consejero de decenas de transnacionales, carezca de valor para asomarse y mirar las olas? Se ha propuesto llegar a la presidencia del país, pero para hacerlo necesita vencer su miedo: sus planes se arruinarían si la sociedad se entera que llora como un niño cuando lo obligan a acercarse al borde de un acantilado. Toda la fortuna que tiene de nada serviría, sus adversarios aprovecharían eso para mostrar su vulnerabilidad, sería el hazmerreír, la burla del planeta. Por eso debe acercarse a la orilla, por eso está allí, pero irá más allá del barandal y de la escultura que le ofrece protección: se dejará abrazar por el vacío.

Se afloja el nudo de la corbata, reza, respira profundo. Poco a poco se mueve hacia la derecha, no baja su vista, se concentra en la línea del horizonte. Ya está a más de medio metro de la escultura, con milimétricos movimientos se separa aún más. Suelta la piedra, extiende su otro brazo, cierra los ojos, escucha el golpe de las olas. Sabe que debe mirar. Abre los ojos, tiene la garganta seca, transpira, debe hacerlo. Lentamente inclina la cabeza, observa cómo una ola se aproxima y estrella en las rocas, observa otra ola, otra más, no puede moverse, otra ola, no respira, otra ola, lo ha logrado. Alza su vista. Lo ha logrado. Le duele el cuello. ¡Lo ha logrado! No respira… Da un paso hacia atrás, se inca, grita, grita todo. Eufórico corre, salta, ríe, sube a la base de la escultura, sube más, más, se para junto a los libros de concreto, sobre los zapatos, trepa por el brazo, se para en el otro, sube al sombrero, logra subir al paraguas, grita, no hay límite... Pero en su arrebato no se fijó que diversas aves marinas dejaban su marca en el paraguas y resbaló. Intentó sujetarse, pero lo que le hizo perder el equilibrio le impidió sostenerse...

En los noticieros de todo el mundo se habla del brutal asesinato, los analistas coinciden: sólo una mente enferma pudo terminar de esa manera con la vida de un gran visionario, hombre inteligente, decidido, gran pérdida para el país y la humanidad. Descanse en paz. La lista de sospechosos crece.

En lugar de la escultura dedicada al lector desconocido colocarán una en su memoria, también contemplando el horizonte.

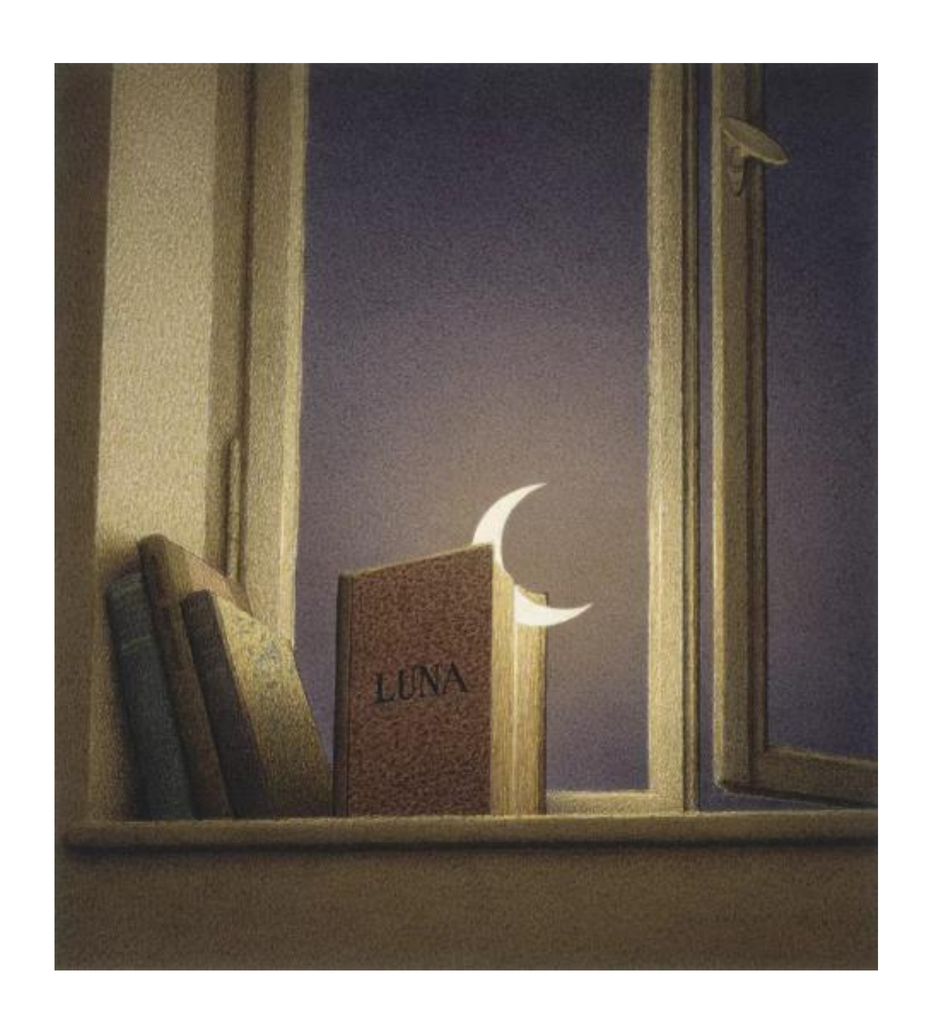
# 43



Ahora que estoy en el escenario más codiciado, bajo la luz más intensa y ante el auditorio más numeroso, prefiero recordar los días en que recorría caminos solitarios esperando cruzarme con alguien que tuviera la mirada despierta para ofrecerle mi desnudez, que entregarme al morbo de la gran masa. Había romanticismo, intimidad, hoy me siento promiscuo. Pensaba que lo que mostraba no merecía admiración, simplemente disfrutaba alterar a la gente, estudiar su reacción. Salga un día, elija a cualquier persona y muéstrele su desnudez, sabrá a qué me refiero. No es la belleza o deformación expuesta, no es un asunto estético o moral, es una cuestión de confiabilidad y encuentro: el ser que ha sido sorprendido antes fue elegido, uno podría mostrarse o no. Aunque no lo exprese se siente alagado, se le confía algo profundo, más que un gran secreto: obsérveme porque lo observé, usted sabrá si grita, si calla, si me tiende la mano, si me golpea, si me besa, si narra a otros lo que vio, si decide recordar, si quiere seguir viendo, si quiere cerrar los ojos o llamar a un policía o a un periodista. Usted sabrá si quiere confiarme algo o desnudarse, ya que lo que le ha pasmado no es ver mi desnudez, sino que ha visto la suya: a través de mí se ha visto, se ha descubierto, des-cubierto... Encuentro entre dos, cálido abrazo sin tocarse. Encuentro violento, vital. Encuentro consigo mismo.

Pero esos días han quedado atrás. Los recuerdo con nostalgia porque podía ver el rostro de la gente inmediatamente después de la primera impresión, contemplar su sonrisa, su rubor, su lágrima, su reacción instantánea, más sincera. Podía sentir el silencio que hacían cuando se alejaban. Todos, sin excepción, siempre volteaban. Algunos regresaban. Y por eso estoy aquí, leyéndome, inmovilizado por la potente luz, sin poder ver sus rostros.

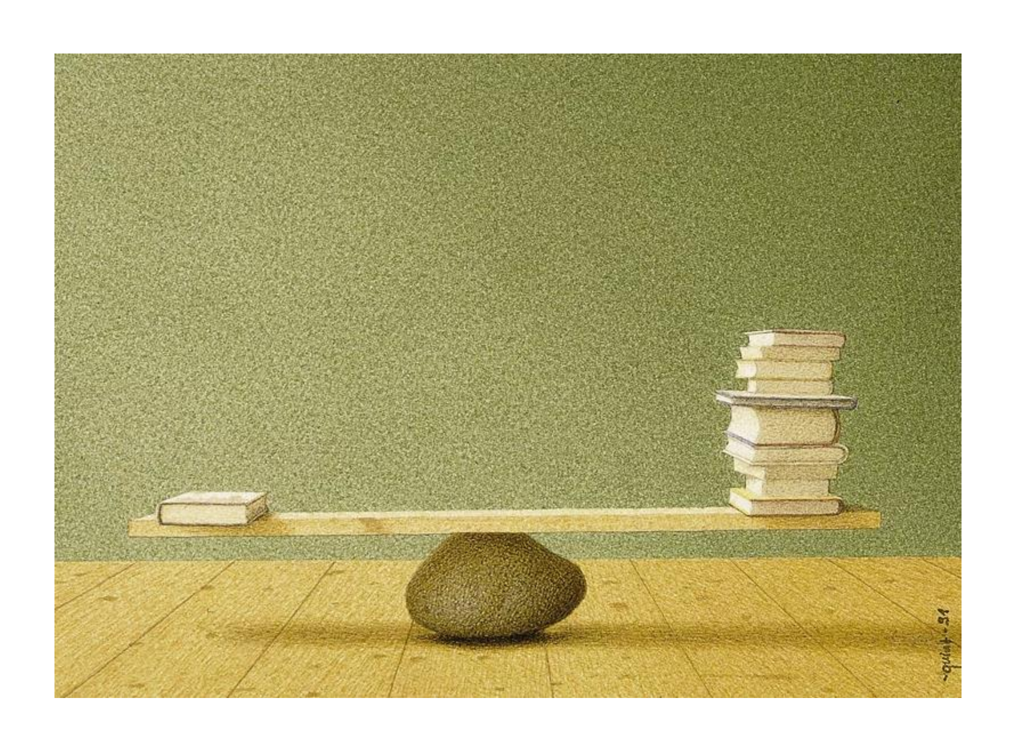
# 44



Le gustaba dormir con la ventana ligeramente abierta porque así la habitación permanecía ventilada. Se necesita aire puro para soñar, decía. Sin discutir lograba convencerlo. Además no hacía frío.

Se ponía el camisón, devolvía el beso, tomaba un libro y en voz baja leía hasta que el pequeño ser que se movía en la cuna se quedaba dormido. Colocaba el libro en el antepecho, se acostaba y apagaba la luz. En una ocasión, poco después de cerrar los ojos, escuchó un ruido: algo había golpeado la ventana. Encendió la lámpara, miró la cuna, se incorporó, miró dormir al pequeño ser, miró la cama, él dormía, la ventana estaba totalmente abierta, miró los libros, faltaba uno, el que había leído minutos antes, miró a través de la ventana. Sin saberlo hizo entrar a la poesía.

# 45



Como no puede detener el tiempo lo estira, de esta manera la tabla parece congelarse, pero no es hielo, más bien es como una gota de lluvia que no quiere mezclarse con los químicos que lleva el agua y para no integrarse al mortal río se aferra a la hoja donde cayó, sabe que el sol valorará el esfuerzo y la llevará con él, así demostrará que no es inevitable perder la transparencia.

Como no puede estirar eternamente el tiempo toma el libro colocado en uno de los extremos de la tabla y le pone una cubierta de acero; quita los libros colocados en el otro extremo y pone en su lugar cajas de papel maché decoradas como libros, dejando hasta arriba un texto que no ha sufrido cambios relevantes; sigue apoyando la tabla en una piedra, pero la piedra ya no está en el andador que conduce al laboratorio, sino en la sombra de la tabla, ya que lo que se ve debajo de la piedra es un agujero que hay en el techo, ligeramente inclinado, del laboratorio. Lo verde que se observa efectivamente es pasto.

Como no documentó exhaustivamente lo que hizo (el dibujo que envío no fue suficiente), la Real Academia Real decidió expulsarlo: las reglas están para ser respetadas. Se concluyó que al no exponer claramente su metodología y los resultados del experimento lo que pretendía era engañar a la comunidad científica y al mundo: hacer creer que había desafiado la ley de la gravedad. Asunto grave, sin duda.

A pesar de todo, continúa liberando sus intuiciones: el universo es más que una mirada. Ahora también escribe poesía. Sin duda hay libros que pesan más que otros —todo depende del que controla la balanza—.

Es necesario escapar de lo verdadero y refugiarse en lo probable.

# 46



He decidido olvidar, olvidar todo. Olvidar mi seudónimo y mi nombre. Olvidar el título de mi obra más leída y el de la más hermosa, pero nunca tan leída. Olvidar las librerías, las ferias, los premios, la soledad, los fantasmas, las bibliotecas, los ratones, pero nunca a los gatos. Olvidar, olvidar todo, hasta las páginas que jamás pude escribir.

